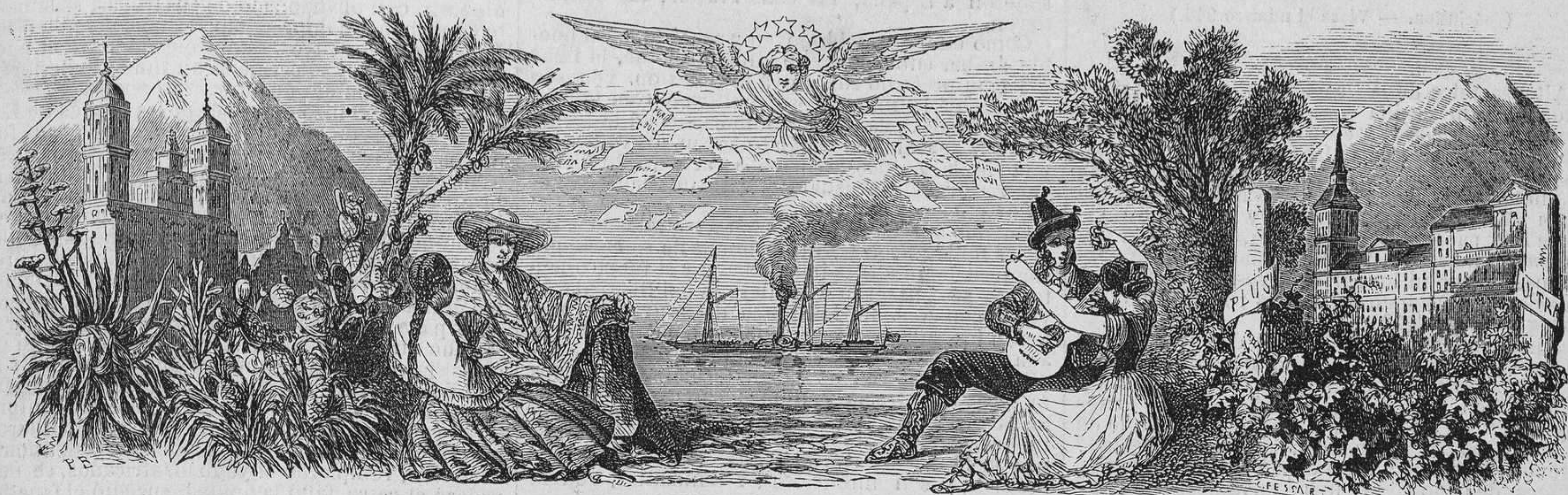


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 30. — N° 948.

## SUMARIO.

Las cantinas municipales; grabado. — Estudios históricos. — Poesía. — Entrada en Suiza del ejército del Este; grabado. — Batería prusiana en la Hay; grabado. — Parque de artillería de Montmartre; grabado. — La catástrofe de Puteaux; grabado. — Revista de París. — Episodio histórico. — De París a Meaux durante el armisticio; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Una expedición a San Miguel del Fay. — M. Ernesto Picard; grabado. — Ledru-Rollin; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Los alcaldes de París; grabados.

## Las cantinas municipales.

Las cantinas municipales han prestado grandes beneficios durante los meses del sitio. El gobierno de la defensa nacional no echó en olvido al proletariado, y los alcaldes de París organizaron dichos establecimientos de un modo excelente. Hoy día siguen aun produciendo un bien incalculable, pues si la carestía de viveres ha cesado, sigue faltando el trabajo y son muchos los que recurren á la cantina como una providencia.

El caldo, las legumbres, la carne, todo es sano y está bien condimentado, y las raciones no dejan descontento á nadie.

Nuestro grabado representa uno de estos establecimientos, instalado en la calle Saint-Sauveur, 2º distrito, que es uno de los mas concurridos por la clase desvalida de la ciudad de París.

R. M



SITIO DE PARIS. — Cantina municipal de la rue Saint-Sauveur.



## Estudios históricos.

FUNDACION, ENGRANDECIMIENTO Y CAIDA DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

(Conclusion. — Véase el número 946.)

¡Altos secretos de la Providencia que no es dado sondear á la mezquina comprension del hombre! ¿Quién hubiera dado asenso al que tales cosas contara, cuando nuestros padres vencidos y derrotados en Guadalete, precedidos por los obispos, huían del alfange y de la cimitarra, llevando el arca santa con las venerandas reliquias, y corrían á refugiarse á la parte Norte de España, al pais mas fragoso, al de mas virtud bélica, donde no penetraron los fenicios ni los cartagineses, y en cuya dominacion tardaron dos siglos los romanos y otros dos siglos los godos?

¿Quién creeria que habíamos de ser deudores del renacimiento de las letras á los árabes, cuando empezó la magnífica epopeya de la reconquista, y resonaron en las montañas de Auseva los gritos de gloria y de venganza, y se peleó por la fe de Recaredo, por la independencia, por la libertad? ¿cuando se desnudó en Covadonga el acero que despues de ocho siglos debia envainarse en Granada?

Mas la Providencia, que hace brotar el bien del mal, que purifica la atmósfera con las borrascas, que lleva en alas del huracan las semillas á fecundar pais remotos, despues de fatigar á los árabes españoles con guerras intestinas para dejar respirar á los cristianos y prepararlos á descender á la tierra llana; despues de hacer que los africanos amenazasen la tranquilidad de la dominacion árabe, y de darles dos fronteras que guardar, la del estrecho y la del pais conquistado; despues de hacer que, á semejanza de los metales, se fundiesen calientes y se separasen frios, dispuso que llegasen al apogeo de su gloria, y diesen culto á las letras, y honrasen el valor y la hermosura.

Habia el pueblo árabe, antes inculto, mísero y disperso, formando pequeños estados y hordas independientes y enemigas, constituido por fin un cuerpo en tiempo de Mahoma y consolidado su nacionalidad en el califato de Omar. Oscuros los árabes porque eran ignorantes, débiles porque estaban divididos, desprecian de pronto carácter bélico, cuando el fanatismo los auna y preocupa su imaginacion, y se hacen conquistadores, y subyugan en pocos años todo el Oriente romano y la Persia y el Egipto. La sed de conquistas es seguida de la fiebre del saber, y vemos mas tarde á Bagdad convertida en otra Atenas en tiempo de Almamun el Augusto de sus reyes. De Bagdad se traslada la ciencia á Córdoba, y sus califas solicitan por medio de embajadas pacíficas las obras del entendimiento humano, y se recogen con entusiasmo y se conservan y se traducen. Se dotan estudios, se fundan bibliotecas y se busca, se protege, se honra á los sabios de todas las escuelas y de todos los pais. Ya no son las tribus bárbaras y estacionarias, ya no son los conquistadores de territorios, son los conquistadores del saber, son el conducto de que se vale la Providencia para conservar y propagar las luces.

La cadena de los siglos no se ha roto, merced á los árabes. La sucesion, la tradicion de la doctrina, las conquistas del entendimiento humano iban á perderse; morian con sus dioses informes los conocimientos egipcios, desaparecian con sus dioses sensuales las ciencias de Grecia, los hijos del Septentrion desdeñaban las letras y las artes; mas los sectarios de Mahoma recorren el mundo y recogen los restos del saber próximo á extinguirse. Los egipcios les enseñan la química oculta bajo el disfraz de la alquimia; aprenden de los griegos la geometría y la astronomía; de los indios el álgebra, de los chinos las artes, y se declaran deudores á Aristóteles, cuyas obras conservan, traducen y comentan, de la filosofía, de la historia, de la medicina. ¡Magnífico espectáculo, señores, el que presenta la idea triunfando de la barbarie: la luz del saber próxima á extinguirse; pero sin llegar á apagarse: la ciencia sobrenadando en el naufragio universal, viajando con las tribus nómadas, ocultándose en las tiendas de los guerreros, hasta que pura y esplendente y vencedora concluye por dominar al mundo civilizando al hombre!

Los árabes no eran inventores, su ley misma se oponia á ello. Mahoma les habia dicho que la ciencia del sabio y la espada del fuerte sostienen la máquina del mundo; pero tambien habia limitado el vuelo de su inteligencia diciéndoles que toda innovacion era un extravío, y que todo extravío conduce al fuego eterno. No espéremos, pues, que su principal mérito sea la invencion. El gran servicio que les debe el mundo es el haber recogido los escritos de la antigüedad, haber hospedado las ciencias y las artes, y haberlas transmitido á la Europa que se hallaba en el caos. Ellos siguieron el largo

trayecto que recorrió la ciencia que alumbró sucesivamente á los indios, á los chinos y á los persas, á los caldeos, á los fenicios, á los egipcios, á los griegos, á los romanos. Ellos conservaron con singular aprecio, entre otras, las obras de Euclides, de Tolomeo, de Aristóteles, de Discorides, de Hipócrates, de Galeno. No esperemos que el papel, ni la brújula, ni la pólvora sean invenciones suyas: el mundo moderno se las debe: ellos las trajeron á España, las conservaron, las transmitieron.

Como en todo pueblo joven y sencillo, en el pueblo árabe, educado en un clima ardiente, la imaginacion precedió siempre á la reflexion. Vémoslo propenso á lo maravilloso, cultivando su idioma rico y musical, dando mas importancia á la forma que á la esencia, encantándose con los romances y la fábula. La poesía formaba parte del ambiente que respiraban: sensuales y valientes cantaban el amor y los combates.

Cuando volvieron la atencion á estudios mas severos no lograron borrar la huella de su carácter: siempre dominaba la imaginacion y el fuego oriental. Si se consagran á la filosofía del Stagirita, la visten con comentarios que la desfiguran, y prefieren las sutilezas y argucias del entendimiento á la reflexiva investigacion de la verdad. Si se dedican á la historia, no saben formarse sobre los modelos de Grecia y Roma: carecen de orden, de precision, de miras elevadas; se pierden en el intrincado laberinto de sus genealogías; interrumpen la narracion con diálogos, versos y adornos inútiles; y son minuciosos, redundantes, con la exuberancia de su lozana imaginacion.

Cultivan la medicina de los griegos, la enriquecen aplicando á ella la química y las ciencias naturales; pero se apartan de la sencilla y atenta observacion de sus maestros; no saben generalizar los hechos, condensarlos en aforismos ó axiomas; son polifármacos y amigos de cuestiones sofisticas y de métodos supersticiosos.

Su misma arquitectura, que fué á poco separándose de la Bizantina, nos descubre la riqueza de imaginacion de aquel pueblo: se pierde en menudas, prolifas y exquisitas labores ostentando en miles de columnas y en recargados follajes el abuso de ornamentacion.

Si continuásemos recorriendo todos los ramos del saber, veríamos igualmente que tenian los defectos propios de su carácter; esa lozania que acompaña siempre al renacimiento de las letras, que precede á los estudios serios, que forma parte del fanatismo literario. Empero dieron al mundo el espectáculo que no se volverá á ver, de recoger la ciencia moribunda, de conservarla, de cultivarla, de transmitirla.

En Córdoba, señores, y bajo el turbante musulmán, empezó esta restauracion del saber. El joven Abdo-r-rahman I, último vástago de los Beni-Omeyas, educado en la adversidad, trocado el regalo de su infancia por la áspera vida de los desiertos de Tahart, depositario del valor, de la cultura, de la ciencia, de la galanteria de los suyos, traslada á Córdoba el lujo y las aparatosas fiestas de Damasco y de Medina, erige suntuosos palacios, se rodea de los hombres mas sabios de su tiempo y presta seguro y honroso asilo á las ciencias y las letras miradas con desden por los godos españoles. ¡Monarca sensible que ama las dulzuras de la paz, que á la sombra de la palma, cuya cima mecieron tal vez las mismas auras de Damasco, recuerda en medio de su prosperidad la patria que ha perdido, los sitios que no volverá á ver, el horrible festin en que fueron sacrificados sus mas próximos parientes, los amigos de que le dividian la distancia y los mares!

Una sucesion de grandes monarcas consolida este mismo espíritu de templanza y de ilustracion, hasta que ocupa por cincuenta años el trono Abdo-r-rahman III el califa, el sucesor de Mahoma, el príncipe de los creyentes, el centro de unidad de los hijos del Profeta, el Emir almumenin. Entonces llegaron los árabes españoles al apogeo de su gloria: las ciencias tuvieron culto, las artes florecieron bajo aquel hombre, que próximo á morir, tras tan largo y tan glorioso reinado manifestó que apenas contaba en su vida mas que catorce dias de completa felicidad.

Su hijo, heredando las dotes de su padre, mas pacífico, mas agricultor, mas amigo de la prosperidad material del pais, literato, poeta, bibliófilo, fué el príncipe mas amante de las letras, mas favorecedor de los buenos ingenios. Mas estaba escrito que despues de tan larga sucesion de príncipes habia de recaer el trono en Hixem II, niño de diez años, en quien se habia de eclipsar la gloria de sus mayores. En vano Almanzor, el Cid de los árabes, en sus expediciones de primavera y otoño descubrió el instinto y el genio de la guerra llevando la desolacion hasta los confines de Galicia, y trayéndose como trofeo las campanas de Compostela, que rescatadas mas tarde por San Fernando, fueron conducidas en hombros de moros á colocarse en las torres de aquella célebre basilica. En vano, alternando los deberes de guerrero con los placeres del entendimiento, se constituyó protector de las letras, fundó academias, estableció escuelas y cultivó todos los ramos del humano sa-

ber. ¡Mezcla notable de ilustracion y de ferocidad, de dulzura de carácter y de espantosa barbarie! Sostuvo en las sienas de un monarca imbécil una corona vacilante; pero degradó la institucion de la monarquia, envileciendo al soberano: logró adormecer, pero no extinguir las rivalidades de los subditos: no supo educar á sus mismos hijos que le fueron rebeldes; excitó en vez de apagar el ardor bélico de los españoles, los irritó con el agravio, los aleccionó en la guerra, y cuando murió en Medinaceli, casi abandonado de sus tropas, se lamentó de no haber comprendido lo que convenia á los intereses de los suyos, estableciendo entre el pueblo musulmán y el cristiano un inmenso desierto, valladar y frontera de ambos campos.

¿Mas qué se hizo del saber de los árabes de España despues de la muerte de Almanzor? ¿qué fué de sus bibliotecas? ¿qué de sus escritores y poetas? Todo desapareció instantáneamente... Tanto en la prosperidad como en la decadencia hay escalas, hay grados, hay transiciones en otros pueblos: en los árabes no. Del mismo modo que fué maravillosa y providencial su cultura fué prodigiosa y providencial su ruina. Cayó sin dejar reliquia el pueblo árabe que estuvo, por decirlo así, acampado en España, y en vano se le busca, en vano se tratan de encontrar sus artes y sus ciencias. Si en otros siglos brillan los musulmanes españoles, son ya hijos de otra civilizacion diferente, no conservan la doctrina de los árabes ni pueden confundirse con ellos. Muerto Almanzor se desbordaron las ambiciones, levantaron la cabeza las pasiones bastardas, rompieron el yugo los africanos, se despedazó el cetro, faltó la unidad, sucedió el fanatismo grosero á la cortesana galanteria, el error á la ciencia, la cimitarra al plectro. Semejantes al relámpago brillaron, desaparecieron.

Mas los árabes habian llenado su mision: estaba hecho el bien: la semilla germinadora habia caído sobre tierra fecunda y la Europa se habia salvado de la ignorancia. Un monge llamado Gerberto, viene en el siglo X á Barcelona, pasa á Andalucía, estudia allí las matemáticas y la filosofía, y cultivaba las letras, las ciencias y las artes. La maldicencia le persigue, la ignorancia le acusa de magia, y él, rico de ciencia, la lleva á los palacios, la esparce por Italia, y por uno de los mas ocultos designios de la Providencia asciende al pontificado con el nombre de Silvestre II. Sentado en la silla de San Pedro el hombre que habia estudiado entre los árabes, fomenta el renacimiento de las letras, dota escuelas, y presenta á la Europa, no bien despierta de su letargo, las obras de Aristóteles, el libro que ha reinado hasta nuestros dias, el que explica las sensaciones, la generacion de las ideas, el criterio de la verdad, las leyes del entendimiento y el que tanto ha contribuido á los progresos de la ciencia ideológica.

El ejemplo de Gerberto fué seguido, y se dió el espectáculo de una peregrinacion literaria al emporio de las letras y las ciencias. Gerardo de Cremona estudia en las escuelas de Toledo; Campano de Novara recoge las obras de Euclides y se consagra á la astronomía; Athelardo, Daniel, Moley, Othon y gran número de ingleses, franceses y alemanes, vuelven á sus respectivas naciones ricos de ciencia, y la propagan fundando escuelas, academias y liceos.

Esta atmósfera no podia menos de ser respirada por los españoles: el benéfico contagio de la ciencia debia infiltrarse en ellos, y vemos á Arnaldo de Vilanova instruirse entre los árabes en las ciencias naturales, y á Raimundo Lulio, el omniscio de su siglo, estudiar en sus obras y aleccionarse en sus escritos. Vemos á la poblacion cristiana adoptar en los puntos dominados el lenguaje de sus conquistadores, y hallamos con leyendas árabes monedas de nuestros reyes, extendidos en aquel dialecto muchos instrumentos, y contratos, y comentarios á la Biblia, y hasta una coleccion de cánones para uso de las iglesias de España.

No es mi ánimo, señores, entrar en pormenores sobre este punto: llenas están las obras de los críticos modernos de esta parte de la historia literaria. Basta para mi propósito una indicacion, un recuerdo de lo mucho que debió el mundo á los árabes españoles, de la ciencia que conservaron, que propagaron por Europa; de lo que les deben nuestros escritores; de lo que les debió Alfonso el Sabio, tanto en sus obras históricas como en su libro de las Armellas y en sus célebres Tablas. De lo que les debió la poesía provenzal, de las escuelas, de las academias, de los colegios que fundaron; de los elementos de civilizacion que introdujeron en el mundo. Los españoles no podemos volver la vista á ninguna parte sin encontrar el influjo árabe. Esas vegas de Granada y de Valencia, ese admirable sistema de riegos, esas prácticas agrícolas, nuestras artes, nuestra arquitectura, nuestro mismo idioma nos lo recuerdan á cada momento. Mas no vengo, señores, á repetir mal lo que otros han dicho bien, ni á ostentar erudicion, ni á perderme en doctas investigaciones.

Me basta ver en todo esto la mano de la Providencia dirigiendo los destinos del mundo, llamar la atencion de la Academia hácia un punto brillante de la civilizacion oriental, considerando al califato de Córdoba como el periodo mas grande,



mas ilustre del pueblo árabe que, en tierra extranjera, floreció en la prosperidad, que hizo el bien, que desapareció tan pronto como dejó de ser necesario.

El señor Lafuente nos ha dado á conocer bajo otro y muy notable punto de vista el período del califato, y al considerar su decadencia nos ha presentado al pueblo cristiano federándose, ensanchando sus buenos fueros, y hostilizando y venciendo á sus dominadores. ¡Ojalá que no hubiese habido entre nosotros tanto pequeño estado, tanta falta de homogeneidad en el poder, tanta division, tanta guerra civil! Y no hubiéramos visto esas treguas, esas paces, esas alianzas indecorosas, ni á los soldados españoles combatir en auxilio de los mahometanos contra soldados de España! Entonces la destruccion de Almanzor y la ruina del califato hubieran sido el verdadero triunfo de nuestros padres, y no hubieran mediado cuatro siglos desde que Alfonso VI debeló á Toledo, hasta que los Reyes Católicos conquistaron á Granada.

ANTONIO CAVANILLES.

## Poesía.

### PENSAMIENTOS DE YOUNG.

¡Cuán grande es el Señor, y cuán potente  
Se manifiesta en sus perfectas obras!  
Él envía la luz con que disipa  
De informes masas y gigantes globos  
La densa opacidad; cual aderezo  
Matizado de perlas y zafros,  
Ha suspendido al universo mundo  
A los piés de su trono incomprendible.

Láncese de un lucero, hijo, estable,  
Cuerpo compacto, desplomado, inerte,  
De inmensa pesantez, y ¿cuántos siglos  
Tardará en alcanzar nuestro planeta?  
¿Dónde comienza, pues, dónde termina  
Tan vasta creacion? ¿Cuáles murallas  
Sustentan en la sima del espacio  
Los postreros alcázares vivientes?

¿En qué constelacion se ha detenido  
La Omnipotencia Suma? ¿Dónde límites  
Imponiendo á la escala de su plano,  
Ha depuesto el compás? ¿Dónde se fija  
La robusta columna en que se apoya  
De la nada en las últimas fronteras,  
El recinto exterior de lo existente?

¡Espíritus, terrenas criaturas,  
Séres inanimados é insensibles,  
Benedicid al Señor! Noche callada,  
Tú, que con argentinos resplandores  
Nos haces contemplar inagotable  
Caudal de maravillas, que envidioso  
El astro rey oculta, di: ¡Pudiera  
Percibir en tu fondo algun reflejo  
del Sér cuya divina planta alfombra  
Tu pabellon azul! Noche callada,  
Mis vagabundos ojos lo codician,  
¿Dónde se halla su córte? ¿Dó su trono  
De eterna luz y de celeste lumbré?

Dicenme los oráculos divinos  
Que tú lo escondes á la vista humana;  
¿Consiguió percibirle alguna estrella?  
¿Fueron las siete Pléyades? ¿fué acaso  
El refulgente Orion? Astros benignos,  
Protectores del náuta que esforzado  
Lucha tenaz con turbulentos mares,  
¿No mostrareis á mi pupila ardiente  
El punto do el Señor fija sus huellas?

Por ventura, decid, ¿su pensamiento  
Constituye la fábrica divina  
Que presenta á mis ojos asombrados?  
¿Por ventura en regiones invisibles,  
Con mágica largueza, nuevos séres  
Dió del espacio al fondo inmensurable?  
¿Será tal fondo surtidor de mundos?

¿Será centro comun de los sistemas?  
¿Vélos flotar, cual átomos mezquinos,  
A través de la excelsa catarata  
De su brillante luz? ¿Ve cuál se abisman  
En insondable piélago sombrío  
Si retira sus limpios resplandores?  
Con tal meditacion mi alma extasiada  
Quiere trepar en impaciente anhelo  
Al último escalon de las esferas.  
¡Dios desciende hasta el hombre! ¿Por qué el hombre  
No ascenderá hasta Dios? ¡Oh! no vacilo,  
En alas de mi ardiente fantasía,  
En huracan de fuego desatado,  
Lánzome lejos de la tierra y toco  
El azul de la bóveda celeste.  
Arrebatado en ráudo torbellino  
Veo empequeñecerse nuestro globo,  
Dejo atrás las regiones sublunares,  
Asciendo por las cóncavas llanuras  
Que al telescopio perspicaz se esconden.  
A los astros que encuentro en mi carrera  
Pregunto por la mano misteriosa  
Que sostiene sus ejes de diamante;  
Descanso en los anillos de Saturno  
Y sigo audaz, cual rápido cometa,  
Adonde mil plaretas como el nuestro  
Ningun ojo avizor los columbrara.  
Domino los espacios siderales,  
Descubro nuevos, rutilantes soles,  
De nuestro sol emancipados todos,  
Sávia de vida difundiendo altivos  
A millones de mundos. Mil volcanes  
Encendidos, columbro, en un espacio  
Que es incommensurable. Astros ignotos,  
Gigantes mas que Júpiter, describen  
Órbitas infinitas. ¿Son columnas  
Que el peristilo forman del alcázar  
Que habita el Inmortal? Sigo adelante,  
Dios impera mas alto; hasta presumo  
Que mas se aleja cuanto mas asciendo.  
¿Dónde he dejado al sol? ¿Dónde á la tierra,  
Trazando sus eclípticas menguadas?  
¿Dónde me encuentro yo? Cielos y globos  
Surgen bajo mis plantas á millones,  
Cual chispas de brillantes. Ni un viviente  
Ha llegado hasta aquí. ¿Qué moradores  
Habitan estos climas extraviados?  
Los que vivís tan lejos de mi patria,  
Que hasta un rayo de sol tardara un siglo  
En penetrar en los umbrales vuestros:  
¿Cómo llamais á Dios? ¿Cuál es el nombre  
Que aplicais al sistema planetario  
Que os rige y gobierna? ¿Sois mortales,  
Ó bien los escogidos de otros mundos  
Que santos os acatan y veneran?  
Vuestro modo de ser, y vuestra vida,  
Naturaleza, idiomas y cortumbres,  
¡Cuán se apartarán de los del hombre!  
¿Qué índole, qué espíritu ó tendencia  
Halla vuestro pensar? ¿Es invencible  
La razon que dirige vuestras obras?  
¿Rivalizan con ella los sentidos?  
¿Alta revelacion os ilumina?  
¿Discurrís en eterna bienandanza?  
¿Vuestros primeros padres por ventura,  
No han cometido su primer pecado?  
La virtud ¿familiar es en vosotros?  
¿Por galardón os prometeis un cielo?  
¿No abandonais jamás vuestra vivienda?  
¿Os trasladan en vida á otras regiones?  
¿Desconocéis la muerte, el sufrimiento,  
El dolor y la guerra? Sanguinario  
Se pasea ese monstruo por Europa,  
Que es oscuro rincón imperceptible,  
Albergue ruin de miserable orgullo.  
Allí he nacido yo, y allí muy pocos  
Se mueren de vejez, la intemperancia  
Arrebata la flor de nuestra vida.  
La muerte, algo tardía ó perezosa,  
Al deponer su fúnebre instrumento,  
Encarga á los soberbios de la tierra  
Siembren, entre sus pueblos oprimidos  
Desolacion y ruina. ¡Su guadaña  
Es la ambicion febril de los tiranos,  
Que en copas cinceladas han bebido  
La sangre de sus fieles servidores!

El tiempo primitivo atribua  
A influencia fatal de las estrellas  
Toda calamidad. Si en el presente  
Quiéren los soberanos que á sus nombres  
Acompañen estelas luminosas,  
Que los siglos aplaudan respetuosos,  
Miren como deber indeclinable  
El no alterar la paz de sus estados  
Por adquirir un átomo de tierra.  
A vosotros, vivientes de estos mundos,  
De la codicia el insaciable anhelo  
Tras sus conquistas ¿os impone dioses?  
¿Quizá desconocéis, benditos séres,  
El misterio que horrible sintetiza  
La frase *destruccion*! Quizá vosotros  
Bajo un cielo sereno y trasparente,  
Disfrutais de una paz nunca alterada.  
Vuestros cuerpos sutiles é incorruptos  
Henderán, nuevas águilas caudales,  
Los espacios sin fin del firmamento  
¡Oh! ¡Cuán envidiaría vuestra suerte  
La triste humanidad! Grosera arcilla  
Nos esclaviza y aprisiona el alma,  
Y enemigos el cuerpo y el espíritu  
Mal se sostienen con eternas luchas.

(Se concluirá.)

### Entrada en Suiza del ejército del Este.

Desde el 27 de enero la posicion del ejército del Este pareció ser desesperada. Después de haber alcanzado varios triunfos tuvo que detenerse del 49 al 20 de enero delante de las posiciones fuertemente ocupadas por el ejército de los generales de Werder y de Hericourt en Montbéliard. La nieve cubria el terreno, la temperatura era glacial, las subsistencias escaseaban y era imposible acantonar las tropas en los pueblos; bivacuaron sobre la nieve y las fuerzas y el valor fueron desapareciendo poco á poco en presencia de un enemigo bien vestido, nutrido y sostenido por la victoria. El ejército del Este, amenazado por las tropas de Werder y de Manteuffel, que llegaba por Gray, se dirigia hácia Besançon, de donde esperaba poder llegar á Lyon; pero las fuerzas prusianas, realizando grandes esfuerzos de ligereza, cortaron los pasajes que debian servir á la retirada.

Los franceses eran aun dueños de la carretera de Monthe, cuando llegó la noticia del armisticio, que por un error inexplicable, el gobierno de Burdeos señalaba como extensivo al ejército del Este, que detuvo su retirada, en tanto que el ejército alemán, continuando su marcha, interceptaba la carretera de Mouthe. Los miserables restos del ejército de Bourbaki, que estaban ya á las órdenes del general Clinchant, reunidos en los alrededores de Pontarlier, se encontraron rechazados sobre la frontera suiza, sin mas medio de retirada que los senderos que recorren dicha frontera; en presencia de esta situacion desesperada fué cuando el ejército del Este tomó el partido de rendir las armas y demandar á la Suiza la hospitalidad para sus soldados extenuados por el frio y el hambre.

En la noche del 31 de enero se firmó una convencion entre el general Herzog, comandante en jefe del ejército federal, y el general Clinchant; al dia siguiente, el 4 de febrero, entró con el alba en Suiza el ejército del Este por el Val-de-Travers. En el extremo de la aldea de Verrieres se encuentra la frontera; las colinas estaban guarnecidas de tropas federales, y las compañías de infantería guardaban la carretera; allí se efectuó el desarme; ningun heroismo tiene sus límites y esos infelices soldados lo habian prodigado noblemente. Los movilizados y soldados de línea, presentaban sus fusiles armados de bayonetas y las cartucheras á los soldados suizos que arrojaban las armas en montones en las orillas de la carretera; los soldados de caballería entregaban sus sables, y la artillería y cajas de municiones eran dirigidas hácia Colombier, la escuela militar de Neuchatel.

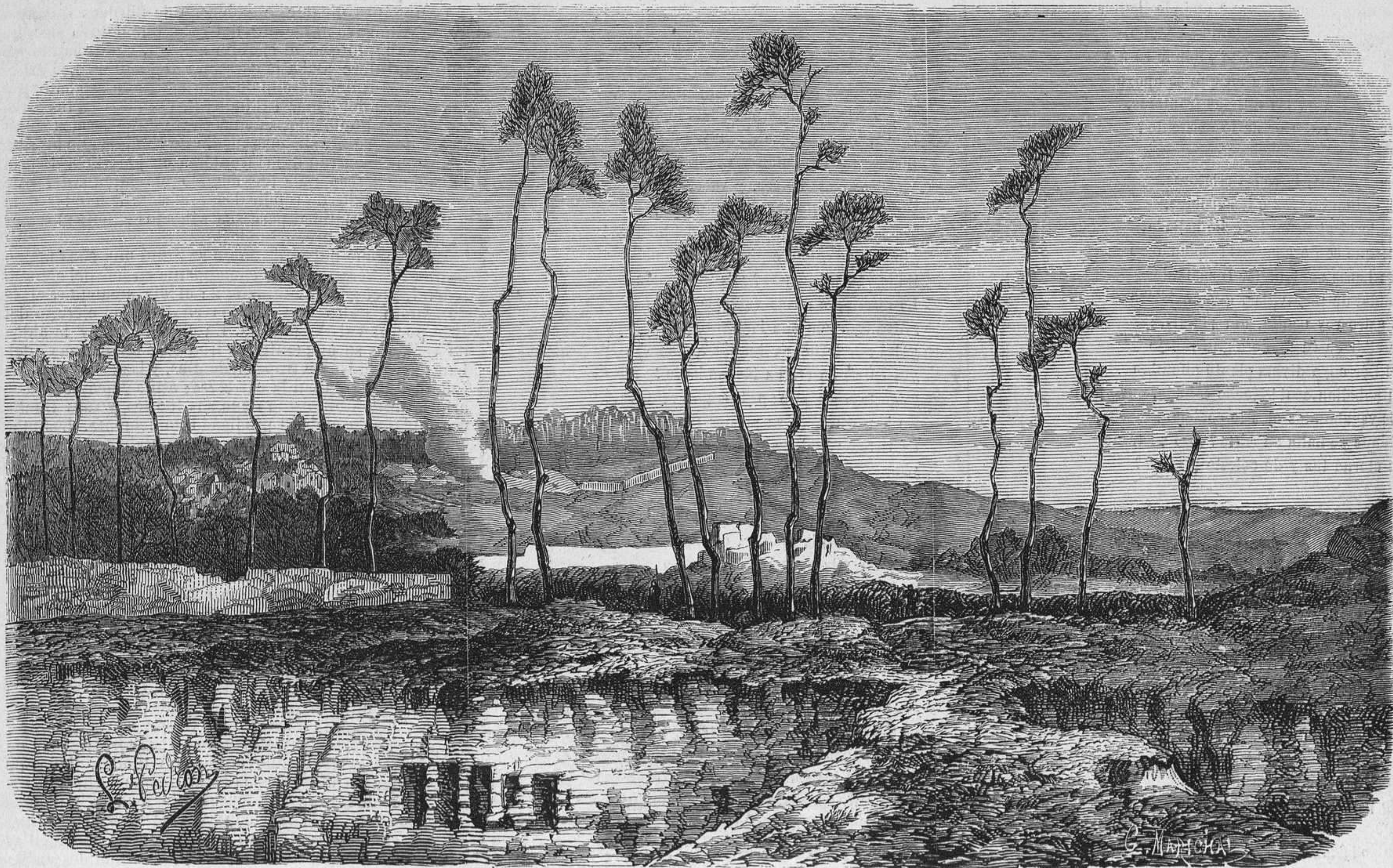
Este lúgubre desfile recordaba los fastos más sombríos de la guerra y hablaban de la *retirada de Rusia*.

Una interminable fila de cañones y ametralladoras, furgones, ambulancias, y hasta omnibus y carros, formaba el centro de la columna, y al rededor se agrupaban los restos de los diversos cuerpos de caballería de la guardia y de la línea, presentando la mezcla mas curiosa de uniformes que puede imaginarse; capotes, túnicas, levitas, mantas; infantería de marina, *turcos*, zuavos, cazadores, mobiles y francos-tiradores; restos de tropa y restos de equipo; uniformes usados, llenos de fango y agujereados por las balas, los kepis hechos girones, zapatos informes, zuecos de madera y mantas despedazadas; todo este conjunto se movia bajo una intensa capa de nieve. Los soldados con las megillas demacradas, la piel tostada y los ojos escondidos en las órbitas, hacia que el corazón se conmoviese pensando en tan duros sufrimientos que algunos soportaban con



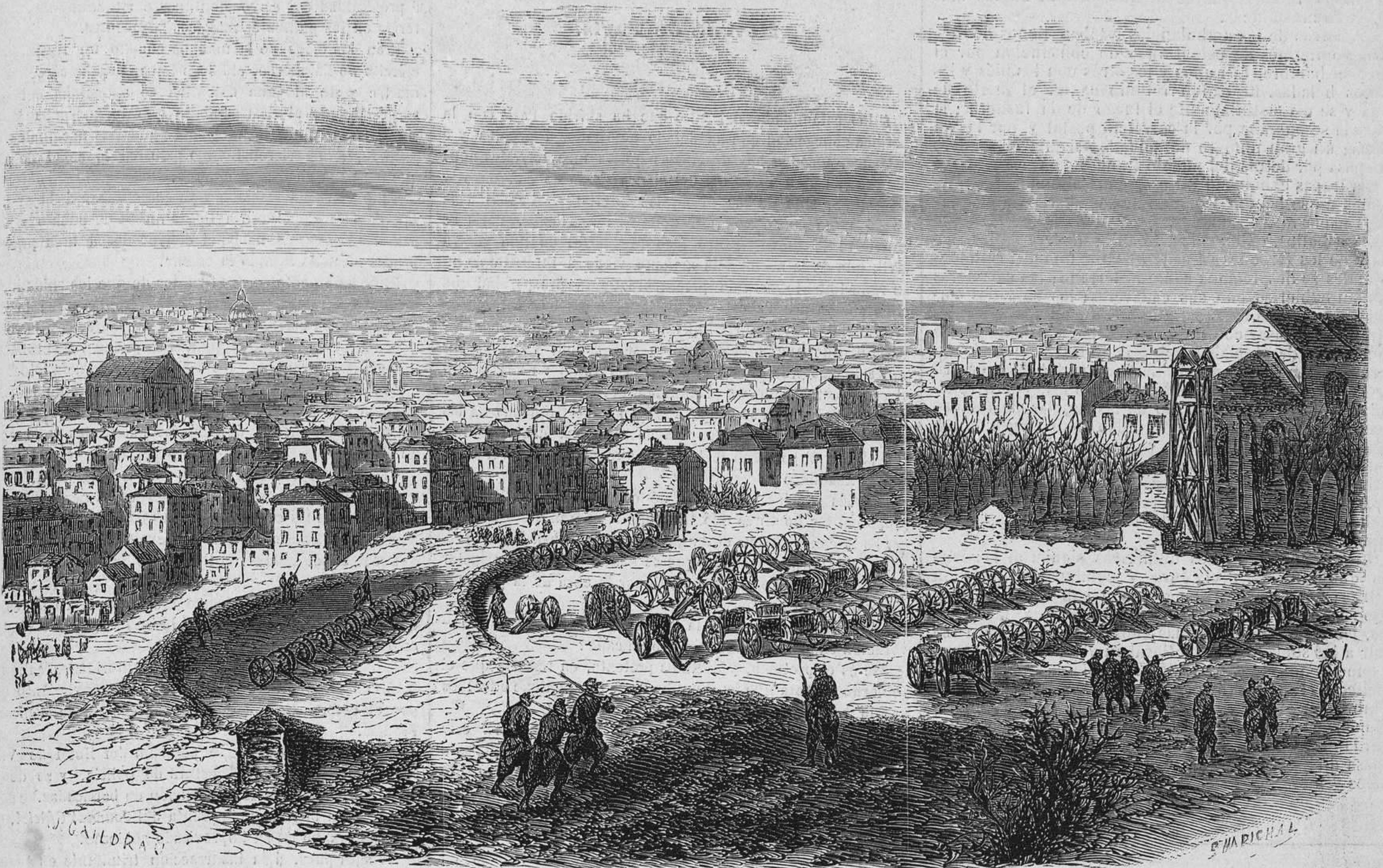


Llegada á Suiza de los soldados del cuerpo de ejército del general Bourbaki.



SITIO DE PARIS. — Bateria prusiana en la Hay.





El parque de artillería de Montmartre.



Catástrofe en el ferro-carril de Versailles.



esa chispa francesa que se manifiesta aun en las mas tristes circunstancias.

Los carros de las ambulancias estaban llenos de heridos y enfermos de calentura y de consuncion por el frio y el hambre. Los unos y los otros con los piés y las manos heladas. El cañon retumbaba en el fuerte de Joux y se oia distintamente el fuego de la fusilería; la retirada se operaba por la carretera postal y por la via férrea; un gran número de soldados seguia el sendero que pasa por detrás del pueblo francés de Verrieres.

Las tropas exhalaban un olor nauseabundo; los uniformes no se habian separado de sus cuerpos enflaquecidos hacia varias semanas.

Los caballos, extenuados, roian la madera de las ruedas y de los furgones; á cada instante uno de los nobles animales se desplomaba sobre el terreno; las carreteras estaban cubiertas con sus cadáveres; los soldados corlaban los cuartos traseros, que metian en los morrales ó trataban de asar con un fuego mortecino; tambien los hombres se desplomaban sobre la nieve y se quedaban dormidos. Lo que la pluma no tiene poder para describir es la variedad de trajes hechos girones, y la diversidad de colores; el encarnado de las capotas de los cocareros de la guardia era el único tono alegre de tan lúgubre cuadro. Los capotes y gorras de los móviles no tienen color y las capas blancas de los soldados de caballería se habian tornado grises.

¡La paz! Tal era el grito que salia de todos aquellos pechos; pero habian pasado la frontera, estaban en Suiza y allí reina la paz.

Otras columnas menos numéricas siguieron las sendas que atraviesan el Jura y conducen á Iverdon y Orbe; por doquiera se agolpaban con solicitud á su paso: las iglesias, las escuelas, los cuarteles, las capillas, las alquerías y hasta las chozas se abrian para recibir á los soldados; todos llevaban víveres y prestaban lo que tenian para aliviar los sufrimientos de aquellos infelices; el Val-de-Travers ha hospedado mas de 60,000 hombres en seis dias. Neuchatel está lleno de soldados; los colegios están ocupados y los templos y hospicios guardan á numerosos heridos y enfermos; la caridad no reposa un segundo y se apresura á calmar los dolores físicos y morales de sus semejantes. A. B.

### El parque de artillería de Montmartre.

Los cañones que apresó la guardia nacional de Montmartre hace algunas semanas con el pretexto de no entregarlos á las tropas alemanas, fueron colocados en Montmartre en la plaza de Vosges, por lo que dicho punto se ha convertido en un parque de artillería que los guardias nacionales custodian de dia y de noche con activa vigilancia, y es el que representa nuestro grabado.

H.

### La catástrofe de Puteaux.

Una horrible desgracia acaba de caer sobre las ambulancias prusianas.

Un convoy de enfermos y heridos prusianos, conducido por empleados franceses, pertenecientes á la compañía del Oeste, se trasladaba de Mans á Pantin, para ser dirigido luego hácia Alemania. Este convoy se componia de 32 wagoes, y cada wagon contenia de 20 á 25 hombres.

A las siete, en el momento en que el convoy entraba en la estacion de Puteaux, el jefe de tren notó que un tren de distrito, llegado en retardo, ocupaba la via. Hizo detener al momento y el jefe de estacion se apresuró á hacer las señas, indicando que la via no estaba libre.

Al mismo tiempo llegaba á todo vapor un tren de mercancías que seguia el tren de heridos. ¿Qué pasó? ¿Las señas no habian sido hechas aun, ó el maquinista no las vió? No lo sabemos. Lo cierto es que el tren lanzado á toda velocidad fué á chocar en los últimos wagoes del convoy prusiano.

El choque fué espantoso. De los 32 wagoes, 49 fueron deshechos, con los infelices que contenian. La locomotora y los 5 ó 6 primeros wagoes del tren de mercancías quedaron igualmente hechos pedazos.

Uno solo de los empleados franceses que conducian el tren alemán quedó muerto en el acto. Los maquinistas no han sufrido mas que un violento choque.

Tan luego la noticia de este accidente llegó á la estacion de Paris, el director hizo partir inmediatamente un tren de auxilio, en el cual tomó asiento con varios médicos y empleados superiores de la compañía del Oeste.

Un cierto número de wagoes vacíos han sido unidos á este tren para trasladar los heridos, cuyo estado permite el transporte. Este tren partió de la estacion de Saint-Lazare á las diez y cuarenta minutos de la noche.

El número de las víctimas se eleva de treinta á cuarenta hombres próximamente.

L. C.

### Revista de Paris.

A las calamidades del sitio que ha sufrido Paris con la heroica abnegacion que ha dejado admirados á propios y á extraños, suceden hoy desgracias quizás mas terribles aun, porque son obra no ya del extranjero ávido de conquista y de rapiña, sino de las discordias interiores. Alcanzada la paz á tanta costa, con tan dolorosos sacrificios, Paris se convierte de nuevo en otro foco de guerra, de una guerra civil, que de la noche á la mañana viene á interrumpir en su renacimiento la vida precursora de la prosperidad que circulaba ya por las arterias de la gran capital, corazon de la Francia y objeto de admiracion en todo el universo. Sí, Paris oye de nuevo el estampido del cañon, y hay en sus calles luchas fratricidas; la rebelion levanta su voz contra el orden establecido, de profundidades recónditas salen nombres ignorados que se constituyen en poder, muchas de las tropas enviadas contra los sediciosos hacen causa comun con ellos y el gobierno legal tiene que retirarse á Versalles con la Asamblea.

¿Cuáles son las tendencias de esta insurreccion, qué se proponen los hombres que se hallan á su frente?

¿Es la continuacion de la guerra con la Prusia?

No, puesto que declaran que se hallan prontos á respetar los preliminares de paz y á continuar la obra de la pacificación votada en Burdeos.

¿Es el sostenimiento de la República, toda vez que la revolucion enarbola la bandera republicana?

Ese es el pretexto, y decimos pretexto, en razon á que el gobierno asegura que es republicano y que no tiene otra idea que la de fundar la República.

Así pues, no vemos razon alguna que pueda cubrir este levantamiento fatal para la patria, no fmenos quizás que para las instituciones liberales, que no pueden consolidarse sino al amparo de la tranquilidad y el orden.

Los acontecimientos de Paris que motiván estas reflexiones no pueden resumirse fácilmente por su extrema abundancia de pormenores; sin embargo, trataremos de no omitir en la reseña que vamos á trazar aquí, ninguno de los puntos principales que deben formar y caracterizar el cuadro.

Nuestros lectores recuerdan que cuando los prusianos entraron en Paris, ciertos batallones de la guardia nacional se apoderaron de un crecido número de cañones que situaron en Montmartre, Belleville y otros barrios excéntricos. Salieron los alemanes, la Asamblea de Burdeos votó la paz, y por consiguiente nada mas natural que se entregasen las piezas sacadas de los parques y se pusieran á la disposicion del Estado.

Sin embargo, no fué así: lejos de eso, se hacia alarde de conservar los cañones, se establecian fortificaciones en su derredor, se daban guardias de dia y de noche; en suma, los nacionales, apoderados de las piezas, se mostraban en una actitud hostil que debia inspirar serios temores al gobierno.

No habiéndose escuchado las exhortaciones de la prudencia, se debió apelar al recurso extremo para concluir con una situacion anómala é injustificable á todas luces.

El 17 de marzo el gobierno dió diferentes proclamas á los habitantes de Paris y á la guardia nacional invocando la razon y el patriotismo de todos para zanjar el conflicto.

En el primero de estos documentos se hablaba de los hombres del 31 de octubre constituidos en soberanos de una parte de la ciudad y dirigidos por un comité oculto que pretende mandar él solo á los guardias nacionales, desconociendo así la autoridad del general Aurelle de Paladines que es el comandante nombrado por el gobierno.

Con esta conducta comprometen á la República en lugar de defenderla, pues si en Francia se llegara á ver que la República es la compañera inseparable del desorden, no cabe duda que se perderia en la opinion de todos.

El gobierno, instituido por la Asamblea, que es la expresion de la voluntad del país, no ha querido apelar á la fuerza para recoger los cañones de Montmartre y de Belleville, que dirigidos hácia Paris tienen intranquilos á los habitantes, esperando que los hombres engañados se separarian por fin de los que los engañan; pero trascurrió tiempo, los intereses sufren, el sosiego público se halla interrumpido y ha llegado la hora de poner un término á semejante estado de cosas; los cañones van á volver á los arsenales y el gobierno cuenta para esta empresa con el auxilio de todos los buenos ciudadanos.

A esta proclama acompañaron despues una declaracion protestando contra los rumores de que el gobierno intentaba un golpe de Estado, cuando no se propone otra cosa que la fundacion de la República y un llamamiento del ministro del Interior á la guardia nacional del Sena en favor del restablecimiento del orden profundamente turbado por la sedicion de Montmartre y de Belleville.

En la madrugada del dia que salieron á luz estos últimos documentos firmados el 18 de marzo, se tomaron las oportunas disposiciones militares para recoger las piezas,

Varios regimientos de cazadores y de línea se acampaban á proximidad del cerro Montmartre situando diferentes baterías en los puntos estratégicos adyacentes.

Eran las cinco de la mañana cuando un regimiento del ejército de Faidherbe, el 88 de línea, llegaba al cerro Montmartre y sin ninguna dificultad se apoderaba del parque, sorprendiendo al destacamento que le guardaba y que se componia de un corto número de guardias nacionales.

Ni siquiera tuvieron tiempo para dar la señal de alarma, que consistia en tres cañonazos.

Todo parecia terminado y ya comenzaban á bajar las piezas, cuando empezaron á llegar masas de pueblo y batallones de la guardia nacional convocados á toda prisa, y en breves minutos cambió la escena.

Inmediatamente corre el rumor de que los soldados y los nacionales fraternizan en el cerro Montmartre; la noticia cunde por los barrios que la tropa amenaza, con la velocidad del rayo, y en diferentes puntos se puede ver entonces á los regimientos levantando los fusiles ó abandonándolos.

Los cañones que habian salido del campo de la rebelion vuelven á él sobre la marcha, arrastrados por una multitud abigarrada de pueblo, de guardias nacionales y de soldados de línea.

¡Terrible espectáculo!

Los generales dan órdenes, y las tropas permanecen en la inmovilidad mas completa, hasta que rompen las filas y se disuelven ó fraternizan con los revoltosos.

Desde aquel instante el triunfo de la rebelion estaba asegurado.

Lo único que podia hacerse era sacar de Paris los restos del ejército intactos aun, y así lo hizo el general Vinoy, encaminándose con ellos á Versalles.

Mientras el gobierno y todas las autoridades salian tambien con direccion al mismo punto, el movimiento dirigido por el comité central se enseñoreaba de la capital de la Francia.

Los sublevados tomaban posesion del Hotel de Villa, de los ministerios, de la prefectura de policia, y se dedicaban sin levantar mano á la construccion de barricadas.

Ocupaban tambien la imprenta del *Journal Officiel*, que iba á ser el órgano de su improvisado gobierno.

Hé aquí pues, á la insurreccion triunfante en toda la línea; el gobierno legal en Versalles, la fuerza militar y la policia han desaparecido; un número incalculable de barricadas, armadas con cañones muchas de ellas, separan los bulevares exteriores de lo restante de Paris, habiendo otras tambien en los barrios interiores; todos los edificios del Estado, las alcaldías, las estaciones de los ferro-carriles, se hallan en poder de los guardias nacionales.

¡Cosa singular! En presencia de este triunfo del socialismo tan temido durante tantos años, la poblacion de Paris se muestra aparentemente en la mayor calma. Solo en los clubs al aire libre se comentan y discuten con ardor los sucesos del dia.

Los bulevares ofrecen el aspecto, de costumbre, los paseantes del domingo invaden los sitios públicos con la misma serenidad que en los dias mas apacibles y sosegados.

Únicamente en los focos de insurreccion ha habido horas en que se han cerrado las tiendas y no habia en las calles otro movimiento que el de los revoltosos.

Diriase que esta revolucion inesperada no se considera en Paris con seriedad y que producida, digámoslo así, como por efecto de una varilla mágica, por la misma virtud se desvanecerá en el instante en que menos se piense.

Pero ¡ay! aun cuando sea así, habrá tenido ya episodios sangrientos y de un carácter odioso y repugnante.

Dos generales han sido fusilados por los sublevados, el general Lecomte y el general Clemente Thomas, que ha mandado en jefe durante el sitio á las fuerzas ciudadanas.

Hé aquí cómo se cuenta este doble crimen que ha llenado de horror y de indignacion á todo el mundo, y contra el cual protesta hasta el mismo comité insurreccional que asegura no haber firmado la orden de ejecucion que se le atribuye.

El general Lecomte se encontró prisionero cuando uno de los regimientos de línea se pasó á los sublevados, y seguidamente fué llevado á Montmartre y encerrado en una torre, lo mismo que el general Clemente Thomas, que fué preso en el boulevard estando vestido de paisano.

En la tarde del mismo dia los dos prisioneros fueron trasladados á la residencia del comité central donde hubo, segun se dice, una instruccion sumaria, en cuya consecuencia pasaron por las armas sobre la marcha á entrambos generales.

¡Infortunadas víctimas de las discordias civiles!

El general Lecomte se cuenta entre los que se han distinguido en la guerra contra los alemanes, y señaladamente en Blois, alcanzó un triunfo muy marcado. Fué uno de los últimos que han tenido las armas francesas en su desastrosa campaña.

En cuanto al general Thomas todos saben que eran proverbiales la nobleza de su corazon y la generosidad de su carácter.

Durante el sitio publicamos el retrato y la biografía de este hombre de bien, cuyas convicciones republicanas han resistido á todas las pruebas: era un anciano respetable por



sus virtudes, que ha venido á morir villanamente asesinado por no sabemos qué imputacion de traicion ó de incapacidad relativamente á la defensa, así como su compañero de desgracia el general Lecomte, pereció porque cumplía como militar pundonoroso las órdenes del gobierno.

Se habla también de la prision de otros generales, entre otros de Chanzy; es de creer que el horror que ha causado la muerte de los dos primeros, impondrá respeto á esos ejecutores populares.

Las proclamas de la insurreccion se suceden sin descanso.

Las primeras no son otra cosa que un himno de triunfo, una felicitacion que se hacen entre sí los insurrectos por haber vencido á los que se atrevieron á tocar al arca santa de sus libertades.

El comité central, compuesto de veinte individuos que, salvo uno ó dos nombres, son completamente desconocidos de la poblacion de Paris, nos manifiesta que despues de haber derrocado á un gobierno traidor á la República, gracias al esfuerzo de la guardia nacional y al comportamiento de la tropa, depositará el poder en manos de la Comuna elegida por el pueblo, la cual fundará en Francia el único gobierno que cerrará para siempre la era de las invasiones y de las guerras civiles.

Su justificacion es larga; pero debemos darla á conocer con algun detenimiento, siquiera sea para hacer comprensibles en lo que cabe las intenciones y proyectos de los hombres que han formado el plan de la revolucion del 18 de marzo.

Desde luego protestan contra la oscuridad de los nombres del comité, diciendo que han figurado en todos los carteles, en todas las declaraciones públicas que han debido hacer como representantes de la libre expresion de los sufragios de doscientos quince batallones de la guardia nacional de Paris.

La cordura y la moderacion de su conducta dice que han sido ejemplares, no obstante las provocaciones del gobierno, que ha calumniado á Paris y suscitado contra él las iras de la provincia, que ha destacado contra los guardias nacionales á sus hermanos del ejército, que ha querido imponer un general en jefe, que por medio de tentativas nocturnas ha tratado de apoderarse de los cañones que la guardia nacional impidió se entregaran al enemigo; que, por último, con el concurso de la Asamblea, ha querido arrancar la corona de capital á Paris, la ciudad heroica.

A todos estos ataques el comité central ha contestado fundando la Federacion y encomendando severamente á todos que solo en el último extremo apelarán á las armas para repeler la fuerza con la fuerza.

El comité clama indignado contra la acusacion de haber firmado la sentencia de muerte de los generales Lecomte y Clemente Thomas y protesta que no pudo impedirla.

Finalmente, considerando casi afrentoso el defenderse, termina diciendo que encargado de un mandato que hacia pesar sobre él una responsabilidad terrible, le ha cumplido sin vacilar y ahora depone el poder en manos de los hombres que elija el pueblo.

No nos es posible ni enumerar siquiera la serie de documentos que la insurreccion ha publicado desde el 18 de marzo hasta el momento en que escribimos; es un lujo de proclamas, declaraciones, decretos sobre elecciones, sobre el estado de sitio y sobre una porcion de medidas administrativas que acusan un plan de organizacion concebido cuidadosamente.

¿Qué hace entre tanto la Asamblea de Versalles?

Reunida en sesion el 20 de marzo, comprende inmediatamente el peligro comun y todos los diputados se unen en un solo pensamiento, el de tomar medidas activas, inmediatas, vigorosas para combatir la rebelion.

El presidente pronuncia algunas palabras condenando la insurreccion de Paris, que califica de criminal, y el establecimiento de un gobierno faccioso que se levanta contra la Asamblea nacional, única depositaria de las voluntades del pais. Añade que la Francia se muestra confiada en medio de tantas pruebas, que la Asamblea nacional sabrá defenderse y hacerse respetar, que al cabo la fuerza se pondrá de parte del derecho, y por último, que la Asamblea nacional sabrá defender y consolidar la Republica contra los hombres que la comprometan con sus excesos.

Seguidamente la Cámara nombró una comision que se entendió con el jefe del poder ejecutivo para todas las medidas que deben tomarse en las circunstancias presentes.

Lo primero que hizo esta comision fué redactar una proclama al pueblo y al ejército, que fué aprobada unánimemente en la Asamblea y cuyo contenido es el siguiente:

« Ciudadanos y soldados: El mayor atentado que puede cometerse en un pueblo que quiere ser libre, una rebelion abierta contra la soberanía nacional, añadé hoy como un nuevo desastre á todos los males de la patria. Unos hombres criminales é insensatos, á la vuelta de nuestros infortunios, cuando el extranjero se alejaba apenas de nuestros campos asolados, se han atrevido á sembrar en Paris, que pretenden honrar y defender, mas que el desórden y la ruina, la deshonra, manchando á Paris con una sangre que levanta contra ellos á la conciencia humana. al mismo tiempo que les prohíbe pronunciar la noble palabra de REPÚBLICA que solo tiene sentido con el inviolable respeto del derecho y de la libertad.

» Sabemos que toda Francia rechaza con indignacion tan alevosa empresa. No temais en nosotros esas flaquezas morales que agravarian el mal entrando en pactos con los culpables. Y en tanto os conservaremos el depósito que nos habeis confiado para salvar, organizar y constituir el pais: el grande y tutelar principio de la soberanía nacional le debemos á vuestros libres sufragios, los mas libres que nunca se han visto.

» Somos vuestros representantes y únicos mandatarios; por vosotros y á vuestro nombre debe ser gobernada la menor porcion de nuestro territorio, y con mayor razon esa ciudad heroica, el corazon de nuestra Francia que no está hecha para dejarse sorprender largo tiempo por una minoria facciosa.

» Ciudadanos y soldados: se trata del primero de vuestros derechos, y á vosotros os corresponde mantenerle. Unánimes vuestros representantes apelan á vuestro valor y reclaman de vosotros un enérgico auxilio: todos á porfia y sin disidencia, os conjuramos para que os agrupéis estrechamente en torno de esta Asamblea que es vuestra obra, vuestra imágen, vuestra esperanza y vuestra única salvacion.»

A la par que el gobierno de Versalles circulaba esta proclama por todo el pais, daba explicaciones oficiales sobre los acontecimientos de Paris, que acabarán de dar á conocer al lector todo lo ocurrido hasta la fecha.

Despues de referir lo que ya sabemos, cómo las masas de pueblo y de guardias nacionales, arrojándose á los soldados con gritos sediciosos les hicieron olvidar sus deberes; cómo el gobierno no viéndose sostenido tomó la resolucion de retirarse á Versalles cerca de la Asamblea nacional, la única representacion legal del pais, y cómo en fin, el comité insurreccional se instalaba en el Hotel de Villa y daba sus proclamas y convocaba á los electores de Paris á fin de nombrar una Asamblea nacional, en tanto que Montmartre era teatro del criminal atentado cometido contra los generales Lecomte y Clemente Thomas, villanamente asesinados por una banda de sicarios; despues de referir todo esto, repetimos, el gobierno señala las terribles consecuencias que puede traer consigo esta deplorable rebelion, entre las cuales figura en primer término la ocupacion prusiana, si el gobierno legal fuese real y verdaderamente derrotado.

Además, con tan fatal motin no hay crédito ni trabajo y la Francia se verá entregada al enemigo, que le impondrá su dura servidumbre. Hé ahí los amargos frutos de la locura criminal de algunos hombres.

Pero el gobierno confia en que podrá salvar la situacion, contando con el apoyo de los buenos ciudadanos.

Ya principia á obrarse una saludable reaccion. La guardia nacional de Paris se reconstituye y el almirante Saisset, aclamado en los bulevares, ha sido nombrado para mandarla. Se van á tomar medidas enérgicas y la Francia saldrá ilesa de tan horribles catástrofes.

Con efecto, esta reaccion de que habla el gobierno de Versalles se observa mas y mas cada dia: hay manifestaciones públicas contra la rebelion, la prensa unánime protesta contra las elecciones de la Comuna, en suma, la corriente de opiniones que sale al encuentro al socialismo, es ya visible á los ojos de todos. Esperemos pues, su desenlace.

MARIANO URRABIETA.

## Episodio histórico.

LOS HIJOS DE ENRIQUE II.

### I.

La muerte de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, así como las turbulencias promovidas por él y sus hermanos contra su padre, con otros varios sucesos y épocas señaladas de su vida son poco conocidas en España. Con el objeto de proporcionar algunas noticias acerca de la vida de un hombre, cuyo valor feroz y cuyas hazañas casi parecen fabulosas, referiremos uno de los acontecimientos mas señalados de su juventud, y que está enlazado con las revueltas civiles que agitaron entonces los estados que poseian en Francia los reyes de Inglaterra.

Uno de los monarcas españoles, se nos figura que fué el emperador Don Fernando I, dió motivo á crudas guerras entre sus hijos, por haber á su muerte repartido entre ellos sus estados, dando el reino de Castilla á Don Sancho, el de Leon á Don Alfonso, los de Galicia y Portugal á Don Garcia, la ciudad de Zamora á Doña Urraca, y la de Toro á Doña Elvira: pero Enrique II de Inglaterra, padre de cuatro hermanos, Enrique, Ricardo, apellidado *Corazon de Leon*, Godofredo y Juan, llamado *Sin-Tierra*, no esperó á morir para hacer igual repartimiento, y por ello tuvo su vida ocasion de experimentar los efectos de su desacuerdo, viendo á sus

hijos guerrear unos contra otros, y contra su mismo padre, y dividirse la monarquía en parcialidades y bandos que la desgarraban.

Imposible seria enumerar en un artículo la infinidad de pretextos que sirvieron de apoyo á las turbulencias, las alianzas y extrañas uniones que se contraian para deshacerse á poco, entre unos hermanos con otros y con el padre y soberanos extranjeros. Baste saber que las desavenencias se prolongaron hasta que la muerte del padre y de los dos hermanos Enrique y Godofredo dejó á Ricardo único poseedor del reino, puesto que Juan no habia sido incluido en el reparto. En este intermedio hubo frecuentes conferencias entre los príncipes para tratar de arreglar sus recíprocos derechos, siendo la mas célebre de todas la verificada en el monasterio de Grandmont.

### II.

El monasterio de Grandmont estaba situado en la Aquitania, y debia su fundacion á Esteban Muret. La órden religiosa á que pertenecia se fué sucesivamente extendiendo por toda la Europa cristiana, llevando consigo la fama del monasterio de que procedia, y que llegó á ser uno de los santuarios mas célebres del mundo, al que acudia inmenso número de peregrinos de todas clases.

Varios reyes de Francia y de Inglaterra dispensaron á Grandmont decidida proteccion; pero los que mas sobresalieron en este punto fueron los Plantagenets, y principalmente Enrique II de Inglaterra, el cual hizo construir un palacio al lado del monasterio, en donde solia pasar largas temporadas; descansando de las fatigas de su borrascoso reinado.

El año de 1180 aun no estaban del todo concluidas las obras que en el monasterio se hacian por encargo y á costa de Enrique, ni tampoco el palacio nuevo, cuando un dia mandó el reverendo prior Guillermo de Tremiac, que se suspendiesen los trabajos para habilitar con la mayor premura varias habitaciones del palacio y del convento; lo que se hizo inmediatamente, pues la causa de ello era nada menos que la entrevista que habia resuelto tener el rey Enrique II con el objeto de reconciliar á Ricardo con sus dos hermanos Enrique, duque de Normandía, que se titulaba rey de Inglaterra y Godofredo duque de Bretaña. El buen padre habia convocado á sus hijos á tal lugar, esperando que la calma y santidad de él influirían en que lograra el objeto que se proponia, dulcificando los feroces impulsos de los jóvenes.

El rey fué el primero que llegó con Ricardo, y á la mañana siguiente se anunció la aproximacion á las cercanías de los príncipes Enrique y Godofredo. Inmediatamente sonó un repique general de campanas se abrieron todas las puertas; y por disposicion del rey salieron á recibirles el prior con el báculo del bienaventurado fundador en la mano y toda la comunidad formada en procesion, y entonando salmos.

Ya aparecian á la otra extremidad del camino una numerosa tropa de caballeros divididos en dos grupos bien marcados, y que no aparentaban profesarse grande amistad. A la cabeza del de la derecha iba un guerrero joven de mediana estatura y de rostro altivo y desdeñoso, segun dejaba ver la visera del casco levantada. Viendo su rica armadura cincelada, y la corona de oro que le servia de cimera se reconocia á Enrique, duque de Normandía, que no habia querido renunciar el título de rey, que con poca reflexion le concediera su padre. Su hermano Godofredo caminaba á la cabeza del otro grupo en la misma linea que Enrique. La fisonomía de este príncipe manifestaba bien á las claras su carácter bárbaro y cruel; su torba mirada inspiraba terror, y su fuerza muscular, que recordaba la de Ricardo, anunciaba una brutalidad que no desmentian sus costumbres. Al lado de Enrique iba su amigo y consejero el célebre trovador Bertrand de Born, hombre indefinible, que tenia el particular talento de encender una guerra atroz con solo un epigrama, y detrás de estos jefes los caballeros de ambos partidos que se dirigian miradas de odio y de desconfianza, sobresaliendo entre ellos Leicester, Rogerio Mallovy, Ricardo de Morreville y otros nobles tan turbulentos como libertinos, que cifraban sus esperanzas en que continuase la guerra civil. Últimamente, formaban los Brabanzones ó tropas mercenarias con sus alzacuellos, sus morriones de hierro y sus *wambais*, especie de coraza hecha de cordel, muy usada entonces en Inglaterra y Normandía.

Tal era la reunion de personas que se dirigia á Grandmont, y que á una vuelta del camino se hallaron de frente con los monjes. Al ver á estos detuvieron los príncipes sus caballos, y el prior se les acercó solo con el mayor respeto.

— ¿Qué queréis? preguntó Enrique con arrogancia.

— Señor, respondió el prior con humildad, somos los religiosos de Grandmont que venimos á saludaros á vos y al ilustre duque de Bretaña de parte del rey nuestro señor y del príncipe Ricardo, que Dios guarde, para suplicaros tengais á bien creerlos llenos de amor y benevolencia hácia vosotros.

Godofredo manifestó su sorpresa.

— Dime, fraile, preguntó con viveza, ¿es cierto que el orgulloso Ricardo te envia con el mensaje que acabas de darnos?

El buen prior dudaba porque no se atrevia á faltar á la verdad, ni tampoco á desobedecer al rey que le habia dictado la arenga, palabra por palabra.

(Se continuará.)



DE

**Paris á Meaux**

DURANTE EL ARMISTICIO.

(Continuacion.)

El trayecto de Paris á Montfermeil es una serie continuada de desastres y ruinas; el terreno está hundido y cubierto de cascacos de granada; las casas en su mayor parte se han desplomado y en el interior de las que están en pié no se ven mas que restos informes de mobiliario é inmundicias.

De Montfermeil se pasa á Chelles, donde es preciso enseñar de nuevo el salvo-conducto; la ciudad está ocupada por los sajones. Como las autoridades alemanas no permiten viajar despues de las seis de la tarde y empieza á oscurecer, tenemos que buscar un asilo. La casualidad nos depara una cantina alemana en que varios oficiales nos ofrecen la hospitalidad. El cansancio y la perspectiva de dormir en la calle nos obligan á aceptar y además tenemos curiosidad de observar de cerca á los terribles invasores de la Francia.

Nos instalan en una sala, especie de cuerpo de guardia; en la pared están colgados cascacos y cinturones con cartucheras; un hermoso fuego brilla en la chimenea; las mochilas de los soldados están colocadas en una serie de bancos con una simetría alemana; por el contrario, los fusiles están amontonados en los rincones, sin órden alguno.

A lo mejor, cuando nos disponiamos á recogernos, escuchamos una marcha que ejecutan los músicos, y parte de una habitacion contigua. Es una atencion del

jefe del local, convencido de que esta música debe agradarnos.

Entramos en el cuarto y vemos al músico mayor, hombre robusto, con gafas de oro, subido en una mesa y llevando el compás con febril exaltacion. Sobre la mesa hay un cubo de cerveza que sirve para calmar á los músicos alterados; en un ángulo notamos un jóven que toca un instrumento que no conociamos; es una especie de lira de barritas trasversales formando persiana, sobre las que golpea con una barita terminada en un martillo. Algunos soldados envueltos en sus mantas, duermen tranquilamente al son de la música mas

el viento trae las emanaciones fétidas que se exhalan de un campo en que están enterrados juntos franceses y alemanes.

Esperábamos llegar á Lagny á tiempo para tomar el ferro-carril que debia llevarnos á Meaux, pero no habiamos contado con la administracion alemana, que ante todo se reserva el trasporte de sus tropas. Teniamos que esperar un dia entero para partir y decidimos ver la poblacion.

Una de las principales cosas dignas de citarse en Lagny, son los puentes del Marne que han volado los alemanes; el primero de piedra ha desaparecido casi



DE PARIS A MEAUX. — Una noche en un puesto sajón en Chelles.

atrasonadora que armoniosa. ¡La fuerza de la costumbre!

A las diez un teniente nos conduce á una cámara del piso bajo donde pasamos la noche sobre un monton de paja. Al rededor de un enorme brasero, están colocadas para secarse, todas las botas de la compañía. ¡Cuántas botas!... ¡No he dejado aun de verlas!

Por la mañana nos ponemos en marcha para Lagny. Al costear un sendero nos encontramos con un grupo de cazadores bávaros que conducen unas cuantas vacas, á las que asestan fuertes culatazos para hacerlas adelantar. Luego va un carro cargado de barriles, llenos sin duda, á juzgar por el cuidado con que los vigilan. A este carro siguen otros, hasta nueve. Según parece es una requisición.

La campiña tiene un aspecto sombrío y triste; todo es lúgubre; los caballos muertos yacen abandonados á lo largo de las zanjas, las bandadas de cuervos revolotean graznando por encima de nuestras cabezas y de cuando en cuando,



DE PARIS A MEAUX. — Una requisicion por los cazadores sajones.





DE PARIS A MEAUX. — La plaza del Mercado en Lagny.



Traficante en caballos.

del todo, y lo que queda de los pilares apenas sale á flor de agua. El segundo es un puente colgante de tres arcos, que han apuntalado lo mejor posible para el servicio de los transeúntes. Al pasar por él se siente una viva emoción. Algunos metros mas á la izquierda hay otro puente de madera construido por los prusianos y reservado exclusivamente para el servicio del ejército.



Vendedor de arenques.



Traductor de salvo-conductos.



Vendedor de tocinería.

Después de atravesar la ciudad llegamos á la playa del mercado. Estaba llena de carros, soldados de todos los cuerpos, mercancías de todos géneros. Era día de mercado y los aldeanos de los alrededores iban á vender los restos que les quedaban de queso, legumbres y paja. Los hulanos giran sin cesar por la plaza para poner orden, y los soldados de la landwehr, subidos en



Vendedor de cerveza de Baviera.



El puente de Lagny.



una carreta llena de provisiones se marchan cantando su cancion favorita.

Es el verdadero aspecto de una ciudad ocupada por el enemigo; la imagen real de la invasion y la barbarie. Las tiendas están en su poder y convertidas en tabernas, estancos y cantinas.

El judío alemán ha establecido allí sus reales, y os ofrece humildemente un caballo, un reloj, unas botas, todo lo que deseis, advirtiendo que es una *ganga*. Los tipos mas notables que hemos descubierto son los que representan nuestros grabados. Al fin podemos alejarnos de la plaza, pues es la hora de partida.

Durante la travesía de Lagny á Meaux, no hemos podido olvidar aquella turba de mercaderes y chalanés, digno complemento de ese ejército del Norte, que se preocupa antes de todo, de los beneficios, y nos hemos convencido de que la conquista de las provincias francesas mas que un motivo de gloria para los alemanes, significa la realizacion de un buen negocio. A. D.

## Escenas de la vida inglesa.

### EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 947.)

Coventry se sometió pues, no sin recelos por lo que iba á pasar en los dias en que los criados de M. Garden y la misma Gracia podían recibir al cartero, sin que la correspondencia hubiera pasado por su mano.

En cuanto á sobornar al cartero, sabía que era imposible.

Sin embargo, se quedó en la casa hasta la última hora, esto es, bastante tiempo para interceptar otra carta muy lacónica, en la cual anunciaba Enrique que estaba en camino para Nueva York, de donde contaba salir inmediatamente para Inglaterra.

El mismo dia recibía á M. Garden del modo mas afable y desocupaba la casa, recomendando á su fiel Lally que estuviera alerta á las horas en que llegaba el cartero.

En su idea esto no era mas que un exceso de precaucion, pues no temía ningun suceso fatal en el corto intervalo que le separaba de su felicidad.

Solo faltaban cinco dias para la boda, cinco dias que debían parecerle cinco siglos.

Dejémosle un instante entregado á su ansiedad y veamos lo que pasaba en Raby-hall.

M. Raby despues de su visita á Eastbauk, dejó escapar delante de su hermana algunas palabras imprudentes que excitaban la sorpresa de Mrs. Little.

De explicacion en explicacion M. Raby se confundió hasta tal punto que, sin querer, la dió á entender que se casaba miss Garden.

— ¡Cómo! exclamó la viuda, ¡Gracia Garden se casa cuando aun vive mi hijo!

Jael Dence, interrogada á su vez, se quedó muda y aterrada, y los dos cómplices se miraron con angustia temiendo que el momento fatal hubiese llegado.

Empero la confiada madre estaba dispuesta á sospecharlo todo, excepto la muerte de su hijo.

No pensaba mas que en la traicion de que se le creía víctima y descargó contra Gracia toda su amargura.

Preguntó á Raby, pero fué Jael Dence quien respondió diciendo:

— Nadie puede dar explicaciones sobre este punto si no es miss Garden.

— ¿Y qué explicacion podría dar? Nunca le ha amado... ¡Pobre Enrique!... ¡Oh! No trateis de ensalzarla, prosiguió, en tanto que el squire pronunciaba algunas palabras ininteligibles; lo que sí teneis que explicarme es vuestro silencio... ¿Cómo es que hasta hoy no he sabido yo nada de semejante matrimonio?

— Teniamos orden de callar, dijo el squire, cuya confusion habia llegado al colmo.

— ¡Callar conmigo! ¿No tengo yo derecho de saber todo lo que conviene á mi hijo? ¿Cuándo rompió con él? ¿Se disputaron antes de su marcha?

— No lo sé, respondió Raby, yo no estaba aquí entonces.

— Y vos, Jael, vos debeis saberlo, hablad, en nombre del cielo.

— Tambien lo ignoro, señora, contestó Jael, pero pienso como vos, que no ha amado á Enrique como debia.

— ¿Cuándo habeis visto á miss Garden?

— No lo recuerdo bien, hace ya mucho tiempo.

Estas contestaciones evasivas hicieron conjeturar á Mrs. Little que Jael habia reñido con Gracia por causa de aquel proyecto de enlace.

Dió gracias á la jóven con una mirada y luego lloró amargamente.

— Está bien, dijo al cabo de una pausa que fué penosa para todos; escribiré á miss Garden.

— No lo hareis, replicó M. Raby.

— ¡Oh! Mi carta no será larga, no quiero mas que hacerla una pregunta. Supongo que ella sabe las causas del rompimiento.

Al otro dia Jael preguntó á M. Raby si en el caso

en que escribiera Mrs. Little, se debería enviar la carta al correo.

— Paréceme difícil impedirlo, dijo el squire, sea cual fuese el resultado. Nuestra fúnebre comedia dura ya demasiado tiempo. No sé hasta qué punto es permitido enganar á una madre sobre la suerte de su hijo. Además un dia ú otro tendrá que saber la verdad.

Mrs. Little escribió la carta siguiente, que enseñó á Jael.

« Mi querida miss Garden :

» Me dicen que os casais. ¿ Es cierto? No puedo creerlo en tanto que viva mi hijo. »

La contestacion, que no se hizo esperar, estaba concebida de este modo:

« Mi querida Mrs. Little :

» Es cierto. Soy muy desgraciada. Perdonadme y olvidadme. »

Mrs. Little creyó descubrir señales de lágrimas en el papel.

Largo rato permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada, tratando de penetrar el misterio que se traslucía entre aquellas dos líneas.

Cuando levantó la cabeza Jael fijaba en ella una mirada de angélica bondad y de tierna compasion.

Mrs. Little estrechó á la jóven sobre su corazon y murmuró en su oído:

— Lo prefiero: ahora sereis vos mi hija.

¡ Pobre Jael! ¡ Hija de Mrs. Little! Si el cielo se hubiese abierto á sus ojos no le hubiese causado semejante deslumbramiento.

Así fué que devolvió con usura los besos á la viuda; pero ¡ ay! sin ninguna esperanza.

Jael deseaba mucho tambien avistarse con Gracia Garden, y en cuanto supo que estaba en Hillsborough, resolvió visitarla.

Sin embargo, aplazó hasta la víspera de la boda una entrevista que sabia debía ser muy penosa para entrambas.

Llegado aquel dia, Jael consultó al squire que aprobó la resolucion y mandó enganchar inmediatamente uno de sus poneyes para trasportarla.

## XXXVI.

### LAS BODAS SANGRIENTAS.

Los dias que precedieron al enlace de Gracia Garden se parecieron á los que preceden á todos los acontecimientos del mismo género.

Se extendieron los capítulos matrimoniales y solo faltaba firmarlos.

La novia apenas tuvo tiempo de pensar en sí misma: sus trajes, los regalos, las visitas, la correspondencia absorbieron sus horas.

Coventry casi no salía de la casa, siempre yendo y viniendo bajo diferentes pretextos.

Su presencia no parecía desagradar á la novia, que demostraba una satisfaccion lánguida y resignada; pero bajo aquella apariencia encubría una profunda desolacion y mil torturas amargaban su vida.

Este estado de cosas duró hasta la víspera del gran dia, y entonces Coventry respiró libremente.

Ninguna otra carta habia llegado de los Estados Unidos.

Diez probabilidades contra una habia para que no llegara otra en aquellas veinte y cuatro horas, y aun cuando llegara, Lally, que estaba mas alerta que nunca se encargaria de interceptarla.

Coventry no pedia mas que la mañana. A la una de la tarde contaba emprender con su esposa su viaje al extranjero.

Dejó á Gracia para ir á vestirse y volver á comer, cuando se presentó Jael Dence á ver á Gracia Garden.

Gracia estaba en su tocador y el anuncio de aquella visita la turbó profundamente.

¿ Era una reconvenccion ó un desafío la presencia en tales momentos de la que creía su rival?

Sea como quiera, despues de haber deseado mucho ver á Jael, Gracia no se sentia con fuerzas suficientes para aquella entrevista, y bajo este concepto mandó á decir á Jael que no le era posible recibirla.

Sin embargo, así que dió esta orden, cambió de disposicion; apoderóse de ella un deseo irresistible de ver á la jóven y de interrogarla, y envió otro recado á Jael diciéndola que aquella misma noche la recibiría en su dormitorio antes de acostarse.

Este mensaje descontentó á Jael.

— ¿ Y dónde podré yo encontrar una cama? se preguntó.

— Aquí mismo, en la casa, contestó el mayordomo. No tengais cuidado que yo lo arreglaré con las muchachas.

A las once y media Gracia la mandó á llamar, Jael se presentó y al quedarse solas las dos jóvenes se miraron confusas.

— Sentaos, dijo Gracia con un tono glacial.

— Gracias, contestó Jael, no estaré aquí mucho con la recepcion que se me ha hecho.

— ¿ Cómo esperábais pues, ser recibida?

— Como lo he sido siempre en vuestra casa, como se recibe á una mujer leal que despues de haber salvado una vez la vida á su amo, ha estado á punto de morir con él.

— Leal con él puede ser, conmigo no lo habeis sido. Jael se quedó atónita: evidentemente no comprendia el sentido de aquellas palabras.

— Sí, repuso Gracia con amargura, vos sois la causa

de que yo me case con M. Coventry, á quien no amo y á quien no amaré nunca. Tenia en vos una completa confianza y me habeis vendido... Me habeis robado el corazon del hombre á quien amaba. No lo negueis, lo sé todo... Leed...

Y al hablar así, miss Garden entregó á Jael la carta anónima que habia recibido.

Jael recorrió el infame escrito, sonrojándose; pero sin confundirse.

— ¿ Y habeis creído eso, miss Garden?

— Al pronto no, pero luego me hablaron muchas personas y vuestra conducta confirmó la acusacion.

— ¡ Mi conducta! ¿ Qué conducta?

— Me han dicho que cuando supisteis que él ya no existia, intentásteis un suicidio...

— ¡ Ah! exclamó Jael lanzando un grito agudo. ¡ Os han dicho eso!...

Y la pobre jóven, aterrada, se cubrió el semblante con las dos manos.

Al cabo de una pausa levantó la vista y dijo con voz trémula:

— Escuchadme, miss Garden. Suponed que teneis una hermana con quien habeis reñido por un motivo leve y por causa de una tercera persona. Suponed que al volver de repente á vuestra casa os dicen que vuestra hermana ha salido de Inglaterra en malas condiciones, con direccion al otro extremo del mundo: ¿ No se despedazaria vuestro corazon?

— Es cierto. Pero hablais correctamente. ¿ Quién os ha enseñado?

— Mrs. Little.

— ¡ Ah!

— No es todo aun. Teneis un padre, y despues de haberle dejado por un mes, cuando volveis al lugar paterno le encontráis muerto y enterrado... es decir, que no volveréis á verle...

— ¡ Pobre jóven!

— Todas esas desgracias caen sobre una desdichada criatura que acaba de levantarse de la cama al fin de una larga enfermedad y no está aun bien restablecida... Cuando supe yo que el pobre M. Enrique habia perecido, que vos estábais enferma y en Eastbauk, me arrastré hasta la granja, donde hallé la desolacion: mi hermana en el extranjero, mi padre en el campo santo... Pasé una noche sin saber por dónde andaba, fuera de mí, y así llegué á la orilla del agua... Pueden decirnos que me arrojé, pero yo creo que me dejé caer en el estanque, desmayada. Sin embargo, no lo juraria, porque no me ha quedado nada en la memoria. ¿ Qué prueba todo esto contra mí?

— Muy poco, lo confieso; pero aseguran que pasábais encerrada con él horas enteras.

— Es verdad, diez horas del dia. M. Enrique estaba en guerra con las Uniones y uno de sus obreros le habia vendido. Sabia que tenia yo las fuerzas de un hombre, como lo he probado, y preguntándome un dia si queria yo ayudarle secretamente á afilar sierras por su procedimiento mecánico, acepté gustosa. Era un juego de niño para mí, que he hecho tareas mas duras en la granja. Mi salario era de 6 libras por semana. Ese es todo el mal que hemos hecho juntos. Por lo que hace á las conversaciones, os diré que apenas hablábamos. M. Enrique, que es un obrero de primer orden, trabaja silenciosamente. Estoy segura de que habia veces en que afilábamos una docena de sierras sin decirnos una palabra. Si él abria la boca era para hablar de vos... ¡ Pobre jóven! La última vez que trabajamos recuerdo que me dijo que aquel trabajo acercaba la hora de su casamiento. Yo le respondí que me alegraba, y le habria dado una hora ó dos mas de trabajo por dia, si hubiese querido. Aquella misma noche le llevé el té á las siete y le hallé escribiendo cartas, una era para vos, como lo ví en el sobre. Me dió las buenas noches y me dijo que yo era una buena amiga para él y para vos.

— ¿ De veras dijo eso? ¿ Y la carta? Yo no la he recibido.

— Juro que tales fueron sus palabras, y las últimas que me ha dicho en este mundo... Despues no le he vuelto á ver... Hablais de los rumores que corrian en la fábrica, decian que estábamos en relaciones... De buena autoridad haceis caso. ¿ Conocian nuestros secretos los obreros? ¿ Podian ellos sospechar cuánto os amaba y la clase de cariño que yo le tenia? ¿ Cómo una persona de vuestra categoría ha podido dar crédito á los dichos de gentes vulgares? Siempre he sido franca con vos y lo seré. Es verdad que en otro tiempo me inspiró otros sentimientos, no os lo oculté; pero cuando comprendí que os amaba, me apliqué á sanarme y fué á vuestra vista. ¡ Ah! Miss Garden, deberiais sonrojáros de vuestras sospechas... ¡ Bueno!... ¡ Ahora os hago llorar!...

Jael lloraba tambien, y con una voz entrecortada prosiguió diciendo:

— Os perdono, miss Garden, por las bondades que habeis tenido conmigo en otro tiempo, pero no dormiré en esta casa. Sed dichosa con el hombre que habeis elegido... ¡ Adios!

— No, exclamó Gracia, cuya enemistad se desvaneció con las palabras de Jael, no os marchareis así. Os creo, confío en vuestra lealtad... Perdoname... ¡ Ah! ¡ Si supieras qué desgraciada soy!... No me abandones todavía, mi buena Jael.

La antigua amiga no podia ser sorda á tal llamamiento.

Todo lo olvidaron, y un instante despues las dos jóvenas sentadas la una junto á la otra y estrechamente enlazadas, confundian sus lágrimas, Gracia esparciendo toda la amargura de su corazon y Jael tratando de consolarla.

(Se continuará.)



## Una expedición á San Miguel del Fay.

(Continuación. — Véase el número 947.)

## III.

## CASTELLVINES Y CERVELLONES.

Acababa apenas de llegar don Ramon de Moncada del sitio de Tortosa, donde brillantemente habia combatido y de la cual se habia apoderado por asalto en nombre de su señor el conde de Barcelona, en 1148.

Por aquel tiempo Cataluña estaba dividida en dos bandos, Castellvines y Cervellones, deudos estos últimos de los Moncadas.

Mientras la ausencia de don Ramon Berenguer, que con gran séquito de caballeros y hombres de armas habia ido á poner sitio á los moros de Tortosa, los dos bandos hicieron tan rápidos progresos, que el conde de Barcelona se volvió á su tierra precipitadamente, dejando la direccion del sitio á don Ramon de Moncada, que segun hemos dicho, se dió tan buena maña, que se apoderó de la ciudad al poco tiempo, mereciendo que el conde le diera gran parte de ella y la mitad del castillo en señorío.

Acababa, pues, de llegar el de Moncada de vuelta de su gloriosa expedición, y con el apoyo decidido que prestó á los Cervellones, volvieron á despertar las iras de los bandos, apaciguadas algun tanto por la mediación del conde, mientras estaba el senescal don Ramon combatiendo á Tortosa.

El senescal, ya lo hemos dicho otra vez, pertenecía á una raza de héroes turbulenta y decidida, á una raza de ilustres aventureros, siempre pronta á empuñar la lanza del combate, á vestir la armadura de batalla ó á levantar el pendon de la discordia.

Por lo mismo, no solo apoyó la razon que pretendia tener el bando de los Cervellones, sino que se puso á su frente y lo reforzó con sus gentes y castillos.

Aunque tal refuerzo en el bando contrario hizo secretamente temblar á los Castellvines, su terror, sin embargo, no se manifestó en actos, y decididos á todo y por todo arrojando, resolvieron librarse á toda costa del poderoso enemigo que acaso con el solo nombre de sus mayores, iba á dar la victoria á sus contrarios.

Tuvieron al efecto una reunion en el castillo de Rosanes cerca de Martorell, y aunque fueron tratados varios medios de apoderarse de don Ramon de Moncada, sin embargo, el consejo de don Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona y deudo de los Castellvines, fué el que prevaleció como el mas acertado y prudente.

Era no obstante bien sencillo.

El senescal, como hombre de gran valor, acostumbraba muchas noches á salir á deshora del palacio de los condes de Barcelona, y á atravesar solo con su caballo, el camino desierto y solitario que desde la ciudad conducia á su castillo.

Debíase, pues, tratar de esperarle, echarse sobre él, aprisionarle y conducirlo al castillo de Rosanes para tenerle allí á buen recaudo.

Don Guillen de Pinell fué el primero en aprobar el consejo y propuso que desde aquella misma noche fueran á apostarse seis hombres valientes y decididos en el camino del senescal.

— No, seis no, dijo el arzobispo, doce; matará á seis y los otros seis restantes se apoderarán de él.

Lo que predijera el arzobispo pasó al pie de la letra. Doce hombres fueron apostados por los Castellvines en una encrucijada del camino, y al ver llegar á don Ramon de Moncada, solo como de costumbre, se arrojaron repentinamente sobre él. Moncada no mató á seis, mató á cinco, y los otros se apoderaron de él.

Fuó llevado al castillo de Rosanes y encerrado allí en un oscuro calabozo, puestos los piés en un cepo.

Hacia ya algunos dias que permanecía de aquel modo, cuando una noche bajó á visitarle el mismo arzobispo, don Berenguer de Vilademuls.

En cuanto el de Moncada le vió, dirigióse á él con arrogancia y le dijo que no era aquella prision para un hombre como él, y se la aliviase por lo tanto.

Entonces el arzobispo con una gravedad estudiada volviése hácia un secretario suyo que le acompañaba, pidióle un cuchillo de cortar plumas, y llegándose al cepo, cortó de él una arista.

En seguida, dirigiéndose al senescal, que con asombro le habia mirado hacer:

— Servido estais ya, don Ramon, le dijo, pues no tiene tanta madera el cepo, y debe seros por lo mismo mas liviana la prision.

A semejante afrenta, la cólera encendió el rostro del senescal, que exclamó con voz entrecortada por la ira:

— Pedidle á Dios, don Arzobispo, pedidle á Dios que no salga jamás de esta cárcel, pues en saliendo, os lo prevengo, sea cara á cara ó á traición, como vos habeis hecho conmigo, juro á Dios que me la habeis de pagar. Id, ya estais avisado; no podeis quejaros por lo mismo. Hago firme juramento de tomar venganza de vos, y nunca un Moncada ha faltado á su juramento.

El arzobispo salió del calabozo sin proferir mas palabra, y el senescal quedó entregado á su ira y saña, que

le hacian trazar mil planes de venganza, los cuales bien pronto venia á destruir la idea de su acaso eterna prision en aquel castillo.

En el calabozo en que los de Castellvines pusieron al de Moncada, habia existido en otro tiempo una gran ventana, que fué tapiada para abrir una claraboya en el techo por donde poder penetrar la luz y el aire.

Una noche el senescal oyó golpes repetidos en el punto donde habia estado la ventana, pero golpes dados con cierto misterio y prudencia, como si aquellos que los daban temiesen ser oídos.

Dirigió don Ramon la vista al punto que le fué denunciado por el ruido, y no tardó en ver caer hecho añicos el tabique de piedra que tapiaba la ventana, apareciendo en la abertura Pedro Aleman de Cervellon que se precipitó en el calabozo y en sus brazos.

Al saber los deudos del senescal su prision, habian propuesto á los Castellvines diferentes medios de rescate que fueron todos rehusados, sin embargo de ser todos lisonjeros.

Entonces, los que á toda costa querian libertar á Moncada, compraron tres hombres de armas del castillo de Rosanes, uno de los cuales habia antes servido bajo las banderas de don Ramon, y pudieron fácilmente por este medio llegar á su prision, derribando la ventana que les fué indicada y por la cual recobró su libertad el senescal.

Al verse libre y fuera del poder de sus enemigos, el de Moncada no pensó mas que en los medios de llevar á cabo su venganza proyectada contra el arzobispo de Tarragona, y conviése con el almirante Galceran de Pinós, Ponce vizconde de Cabrera, y Pedro Aleman, para el modo como podia y debia llevarla á cabo.

En esto, llegó á oídos del conde de Barcelona (que estaba ideando el ir á poner cerco á Lérida, para que la ociosidad de sus caballeros no acrecentara la ira de los bandos) la trama que contra el arzobispo don Berenguer combinaban el de Moncada y sus deudos.

Con objeto, pues, de evitar una escena sangrienta que llenase de luto á los Castellvines y empañase el esplendor de los Moncadas, dispuso enviar al arzobispo á Roma por su embajador cerca del Santo Padre.

Don Berenguer de Vilademuls aceptó la comision y partió para Roma, pero habia apenas salido de Barcelona y atravesaba el llano de Matabueyes, cuando presentándose de improviso tres caballeros, pusieron en fuga á la escolta y apoderándose del arzobispo subieronle al castillo de Moncada, y le hicieron comparecer ante un tribunal formado de don Ramon de Moncada, Galceran de Pinós, Ponce vizconde de Cabrera, Pedro Aleman de Cervellon y Guillen de Anglesola.

— Nunca un Moncada ha faltado á su juramento, don Arzobispo, le dijo el senescal en cuanto le vió; se ha seguido con vos el proceder que conmigo habeis usado, solo que al llegar al castillo de Rosanes encontré yo un cepo, y vos hallais aquí un tribunal dispuesto á juzgaros.

— No reconozco ningun tribunal que pueda juzgarme mas que el de mi señor el conde de Barcelona, contestó el arzobispo.

— Yo no soy conde de Barcelona, arzobispo, dijo entonces temerariamente el de Moncada, porque me lo impide la sangre de mis mayores derramada en servicio de los condes, pero soy mas que él, porque mi nobleza es mas antigua y valedera que la suya.

Entonces, en el vasto salon de armas, cobijados por las primeras é inciertas sombras de la noche que á toda prisa acudieron, cual si quisieran cubrir con su manto la escena que iba á pasar; entonces, decimos, aquellos hombres cuyas varoniles frentes ceñian todas la corona de la gloria, recapitularon las ofensas hechas al de Moncada por el arzobispo, y por voto unánime le sentenciaron á muerte.

Pasada una hora, la sentencia estaba cumplida, y acaso tambien con el vespertino crepúsculo, envuelto en los oleajes de su indiga luz, oculta su frente con su flotante manto, abandonaba las torres de Moncada el ángel protector de la familia.

Pocos dias despues, huyendo la justa cólera del conde de Barcelona, pasaba don Ramon de Moncada á Aragon, en donde permaneció hasta que por haber mediado en el casamiento del conde con doña Petronila, hija de don Ramiro el Monje, y haber coadyuvado á la union de Cataluña con Aragon, volvió á conquistar la gracia y afecto de su señor.

No solo este le devolvió entonces sus feudos y castillos, sino que le alcanzó el perdon del Santo Padre, que en penitencia le mandó fundar y dotar á él y á los que en la perpetracion del crimen le ayudaron, el famoso monasterio de Santas Cruces.

Y ahora que conocemos ya el episodio, pasemos á la leyenda.

## IV.

## EL SOL DE CERVELLON.

Espléndidamente se habia celebrado el enlace de don Jaime el Conquistador, al cual habia acudido toda la grandeza de Aragon y Cataluña, deseosa con los festejos que se preparaban, de probarle su afecto y veneracion.

Aunque no faltaron caballeros que derramaron alguna furtiva lágrima por la suerte infeliz de doña Teresa Gil de Vidaura, todos sin embargo corrian á agruparse junto al nuevo astro que aparecia en la córte, junto á doña Leonor de Castilla.

A los tres dias del regio enlace toda la córte partió para una gran cacería, una de aquellas cacerías como solo se efectuaban en aquel tiempo y como se ha perdido ahora hasta el modo de emprenderlas.

Despues de la reina, la belleza que mas miradas se atraia, la dama mas festejada, y cuyos colores mas ambicionaban vestir todos los caballeros, era sin disputa Eulalia de Cervellon, conocida en todo el condado por *el sol de Cervellon*, á causa de las doradas hebras de sus preciosos cabellos, cantados por los trovadores de la época y con los cuales se hacia para sus hombros una ondulante mantilla.

Distinguíase en primera línea entre los adoradores de esa dama, á Guillen de Moncada y á Nuño Sanchez, el conde de Rosellon.

Ya los dos rivales habian estado á punto de venir á las manos en varias ocasiones, pero habia hasta entonces conseguido evitarlo la prudente dama, no inclinándose decididamente por ninguno de los dos, y habiendo repartido exactamente entre ambos sus inocentes coquetías.

En la cacería que hemos indicado, como en todas partes, los dos galanes caballeros seguian de cerca á la bella Eulalia, no abandonándola un momento, prontos á recoger y á atribuirse cada uno la mirada lánguida caída de sus ojos ó la sonrisa de amor despreñada de sus labios.

Rato hiciera que comenzara la cacería, cuando acertó la dama á disparar su azor tras de una garza real que ligera se elevaba hasta las nubes, huyendo el peligro que el aullido cercano de la jauría la hiciera prever.

Sin embargo, no le valió. La infeliz garza no tardó en debatirse entre las garras del azor, de las cuales logró solo desasirse despues de una lucha desesperada y aumentada con todos los esfuerzos de la agonía; pero no consiguió mas triunfo que el de caer desfallecida y palpitante, moribunda ya, sobre el verde manto de una pradera inmediata.

Los señores de Rosellon y de Moncada que habian ávidamente seguido el combate á muerte, empezado en el aire por las dos aves, se precipitaron á un tiempo con toda la impetuosidad de sus caballos y corazones para apoderarse de la víctima caída y ofrecerla á Eulalia de Cervellon.

Al llegar al punto á que se dirigian, sus caballos chocaron entre sí y ambos se detuvieron, súbitamente retenidos por las manos de hierro que les guiaban.

El conde de Rosellon fué el primero en apearse del corcel para apoderarse de la presa, pero don Guillen de Moncada habia arrojado sobre la garza, cubriéndola con él, su guantelete de hierro con las armas de la casa de Baviera.

— Mia es la garza real, Nuño Sanchez, le gritó el de Moncada, y la guardo para mi señora doña Eulalia de Cervellon.

— A la misma dama quiero yo ofrecerla, don Guillen, contestó el conde de Rosellon, y mia es la garza pues he sido el primero en poner pié á tierra.

— Sí, pero antes que vos ha llegado mi guantelete de hierro, y holgárame por cierto de ver quién seria el atrevido que se apoderase de una presa protegida por las armas de mi casa.

— En verdad que os hallo ya por demás importuno, el de Moncada, dijo Nuño Sanchez: no abandonais un momento á doña Eulalia de Cervellon. ¿Qué méritos alegais vos para servirla? ¿Os ha dado como á mí derecho de vestir sus colores?...

— Me ha dado una banda bordada por sus preciosas manos y bendecida por el Santo Padre.

— Yo tengo para talahí una trenza de sus dorados cabellos, contestó con orgullo Nuño Sanchez.

— Pues por Dios que os he de arrancar el corazon y con él la trenza de mi señora, Nuño Sanchez, gritó don Guillen echando mano á la espada.

Algunos caballeros que de lejos presenciaron el lance corrieron entonces á todo escape y se interpusieron entre los dos rivales, antes que hubiesen cruzado los aceros, logrando apaciguar aparentemente la cólera que en el interior de aquellas almas fermentaba.

Desde aquel momento quedaron formados dos bandos que harto dieron que hacer á Cataluña y Aragon, siendo causa aquellas dos enemistades de que el rey Don Jaime no pudiera enviar, como deseaba y para lo cual convocó córtes en Monzon, una cruzada en socorro de los catalanes que habian ido á la Tierra Santa contra Coradino, hijo del Soldan de Babilonia.

Luego de terminadas las córtes y en ocasion de haber pasado el rey á Huesca, juntó don Guillen de Moncada su linaje y gentes y se apresó á correr las tierras de su rival, segun entonces se decia.

El rey Don Jaime que algo se temió de esto cuando supo los aprestos que estaba haciendo el de Moncada, le escribió invitándole á no hacer daño en las tierras de don Nuño si no queria que de ello le pesara, pero ya conocemos la familia de don Guillen, ya hemos visto en otras ocasiones la firme é invencible voluntad que caracterizaba á los de su raza, y sabemos hasta con el desleal escrúpulo con que era fiel un Moncada á su palabra ó á su venganza.

La carta del monarca no consiguió mas objeto que el de apresurar sus planes.

Así, pues, despues de reunidas sus gentes, dirigióse al Rosellon donde entró talandó toda la comarca, apoderándose de Perpiñan, y fué con doscientos caballeros á poner sitio al castillo de Alvari.

(Se continuará.)

Victor BALAGUER.





M. Ernesto Picard, ministro del Interior

### M. Ernesto Picard.

El ministro del Interior en el actual gabinete, tiene cuarenta y nueve años. Su mirada, su fisonomía, su actitud, todo revela en él las cualidades que amigos y enemigos le reconocen en el mundo político: la viveza y el ingenio. Cuando el diputado por el tercer distrito de París, actualmente ministro del Interior, se presentó como candidato en las elecciones del 10 de mayo de 1858, el público se preguntaba cuál sería su valor personal, y qué papel iba á desempeñar. El notable y satírico abogado era entonces, según la frase romana, un político novel. Pero la palabra sarcástica y elocuente del orador no tardó en probar á la nación el talento del nuevo representante de París, y la oposición pudo darse por satisfecha del campeón que había enviado á la Cámara.

En aquella época la oposición no contaba mas que cinco representantes. M. Picard era uno de los cinco

como los llamaban, y su misión no dejaba de ser difícil. Julio Favre, Emilio Ollivier y Ernesto Picard, eran los oradores que debatían las cuestiones políticas, y el pueblo había tomado la costumbre de calificarlos diciendo, que M. Picard era la avanzada, M. Favre el cuerpo de ejército y M. Ollivier la reserva.

La administración dictatorial de la ciudad de París era el asunto predilecto de M. Picard. La Cámara escuchaba difícilmente sus punzantes críticas; pero la forma picante de sus discursos, servía de pasaporte á duras verdades, y puede decirse que ha acerbado con las saetas de su sátira las brillantes comunicaciones del prefecto del Sena, que M. Julio Ferry ha llamado con mucha gracia las *Cuentas fantásticas de Haussmann*.

Cuando la minoría de 1869 conquistó una situación que le permitía presentar al imperio la oposición imponente de la nación, la democracia notó que M. Picard tendía á encerrarse en el círculo de una resistencia moderada. El honorable diputado de París se mostró tan hostil á las medidas radicales, en las vivas discusiones

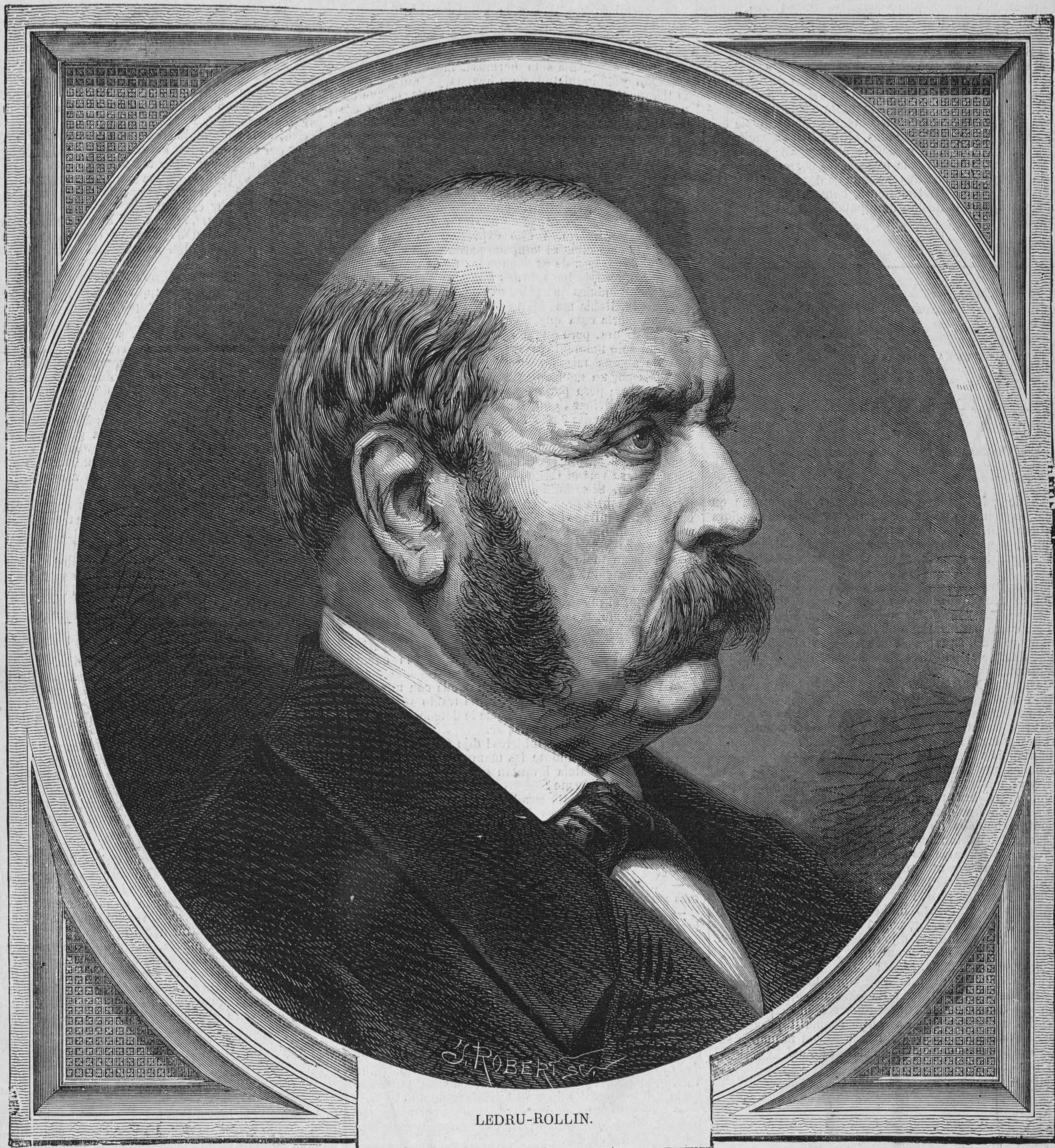
que se suscitaron entre la izquierda democrática, después de la constitución del ministerio Ollivier, que se acabó por designarlo como el futuro sucesor del ministerio del 2 de enero.

Hoy día está en el poder y la opinión pública le reprocha la misma incertidumbre, la misma irresolución que en la Cámara. M. Picard, fundador del *Electeur libre*, ha condenado con frecuencia la política que sancionaba con su firma como miembro del gobierno de la defensa nacional. La conducta de Gambetta que tantas veces ha censurado, deberá probarle, sin embargo, que en política como en geometría, la línea recta es la más corta de un punto á otro.

El satírico orador se enorgullece de salir del paso mediante su ingenio. Pero bueno es hacer observar á M. Picard que el ingenio y el gracejo no han sido nunca las sendas que conducen á la verdadera política.

H. C.





### Ledru-Rollin.

A la muerte de Garnier-Pagés, los electores del Mans, por unanimidad, salvo tres votos, enviaron á Ledru-Rollin á la Cámara, para sostener la bandera de la República contra el gobierno de 1830, y cuando el nuevo representante apareció por primera vez en la tribuna, M. Thiers, dijo al grupo que lo rodeaba: « ¡Es un maestro! »

Desde aquel día, Ledru-Rollin fué considerado como uno de los jefes de la idea democrática. Había dirigido el *Journal du Palais y le Droit* y fué á los treinta y dos años miembro del Consejo de la Orden de Abogados; había comprado un cargo en el Tribunal de Casación, pero á pesar de seguir agregado al foro, hizo de la política su carrera, y la revolución de 1848 lo nombró miembro del gobierno provisional y ministro del Interior.

No encontramos en la historia contemporánea de Francia un hombre político que haya sufrido mas ataques y acusaciones que el antiguo jefe de la izquierda radical. En su vida privada lo acusaban de licencioso, y en su vida pública de intrigas tenebrosas y dilapidaciones. Es la recompensa ordinaria de los hombres que pasan por las revoluciones, y Ledru-Rollin no se engañaba cuando decía á Lamartine, subiendo por la escalera principal del Hotel de Ville: « Amigo mio, subimos al Calvario. »

La parte que tomó en los sucesos de junio y en la reunion del Conservatorio de Artes y oficios, lo obligó á salir de Paris, y el golpe de Estado inscribió en la lista de los desterrados políticos el nombre del representante que el partido radical miraba siempre como una de sus esperanzas. Cuando la amnistía abrió las puertas de la Francia á los emigrados de Lóndres, Ledru-Rollin tuvo que seguir en el extranjero como condenado por contumacia.

Estos veinte años de destierro, dignamente soportados habían dado un cierto prestigio á la figura del orador de la democracia radical. Pero se debe reconocer que á su vuelta á Paris, la poblacion no lo ha recibido como él esperaba tal vez. En Francia, el partido radical ha tenido siempre el defecto de no tener en cuenta los intereses conservadores que le resisten. En vez de convencerlos para arrastrarlos en pos de sí, el radicalismo les hace abiertamente la guerra y los combate sin descanso. Las elecciones han debido hacer conocer esta falta á Ledru-Rollin, que es tan solo el trigésimo-sexto de la lista radical.

Como orador, Ledru-Rollin posee para subir á la tribuna cualidades envidiables, una estatura elevada, una fisonomía acentuada y una accion enérgica. Su palabra vehemente pasaba como un huracan sobre la Asamblea. Una sola citacion bastará para demostrar el carácter de su elocuencia. Hé aquí cómo defendía la libertad de la prensa en la sesion del 8 de agosto de 1848:



« ¡Oh, prensa! me complazco en defenderte, á tí que me has atacado de un modo tan ofensivo y odioso. El Ledru-Rollin que os habla, es segun ella, Ledru-Rollin el ladron, el libertino; así ha pagado mi adhesion á la República.

» Sí, me vanaglorio de ello. El libertino con cortesanías que nunca ha visto, el ladron que habia sacrificado su fortuna por apresurar la proclamacion de la República que muchos de vosotros no queriais, y á quien no queda otra cosa que su inextinguible amor de la libertad. No podia responder á sus ataques, pero repetia con Franklin, el maestro de todos ellos: Si son vicios los que me reprochan, su censura me corregirá; si son calumnias, tal vez un dia la historia los corregirá á ella.»

Ledru-Rollin tiene hoy sesenta y dos años y parece no querer salir del retraimiento, como lo prueba el no haber aceptado la mision de diputado para la Asamblea nacional.

R. M.

## Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 947).

Es de advertir que como algunas damas que en tiempos remotos florecieron en este globo, la señora Varden sentia crecer su devocion á medida de su mal humor, y cada vez que se encontraba en desacuerdo con su marido recurria al consuelo del *Manual protestante*.

Sabiendo por experiencia lo que queria decir esta peticion, el triunvirato tuvo que disolverse. Dorotea se dió prisa á ejecutar las órdenes de su madre, Gabriel subió en su carro para ir á desempeñar algunos encargos, y Simon volvió á su tarea cotidiana, siempre con los ojos fijos, aunque el pan de cuatro libras se habia quedado en el comedor.

¿Qué digo? sus ojos fueron ensanchándose, y cuando acabó de atarse el delantal, eran gigantescos. Sus labios no empezaron á ondular hasta que se hubo paseado varias veces de un extremo á otro de la tienda, con los brazos cruzados, dando pasos colosales y separando á puntapiés varios objetos. Finalmente, apareció en sus facciones una sombría expresion de sarcasmo, se sonrió, y al mismo tiempo profirió con un desprecio supremo la palabra: ¡José!

— La he fascinado completamente con mi mirada mientras hablaba de ese hombre, dijo; por eso se ha quedado tan confundida... ¡José!

Volvió á pasearse con mas precipitacion y dando zancadas mas gigantescas aun, parándose de vez en cuando para mirarse las piernas, ó para exclamar con ademan terrible: ¡José!

Al cabo de un cuarto de hora, se puso la gorra de papel y trató de trabajar, pero le era imposible.

— No haré nada hoy, dijo Simon arrojando el martillo. Voy á afilar los instrumentos. La tarea de afilar me distraerá sin duda. ¡José!

¡Br-r-r-r! La piedra estuvo muy pronto en movimiento y se vió salir una lluvia de chispas; era la ocupacion que necesitaba su alma en eferescencia. ¡Br-r-r-r!

— No, no quedará esto así, dijo Tappertit parándose con actitud triunfante y enjugándose con la manga su rostro bañado en sudor. No quedará esto así.

Y la piedra seguia rodando.

Br-r-r-r!

### V.

Cuando dió fin á los negocios del dia, el cerrajero salió para ir á visitar al caballero herido y cerciorarse de los progresos de su restablecimiento. La casa adonde le habia llevado estaba en una calle solitaria de South-wark, cerca de London-Bridge, y se dirigió á este punto con rápido paso, decidido á detenerse poco y á volver para acostarse temprano.

La noche era borrascosa, casi tanto como la anterior. A pesar de que Gabriel era un hombre sólido, apenas podia sostenerse en pié al revolver las esquinas ó hacer frente al viento, que le vencia las mas de las veces y le hacia retroceder algunos pasos, ó albergarse en algun portal hasta que la borrasca calmaba su furia.

De vez en cuando un sombrero ó una peluca, ó ambas cosas á un tiempo, pasaban rodando y saltando ante él locamente, en tanto que el espectáculo mas grave de tejas y losas que caian, ó de trozos de ladrillo que se desprendian y se hacian pedazos en la acera, aumentaban el peligro de su expedicion ó interceptaban el camino.

— No es muy divertido para un hombre de mi edad hacer una visita en una noche como esta, dijo el cerrajero llamando á la puerta de la casa de la viuda. Confieso que estaria mejor en el rincon de la cocina del viejo John.

— ¿Quién llama? preguntó desde dentro una voz de mujer.

El cerrajero contestó y la puerta se abrió al momento.

Esta mujer tendria unos cuarenta años, con dos ó tres de diferencia, y su fisonomía risueña indicaba que en otro tiempo habia sido hermosa. Llevaba huellas de afliccion y de inquietud, pero huellas ya antiguas que el tiempo habia hecho desaparecer. Al verla, el que conociera á Bernabé, hubiera dicho al momento que era su madre; pues se parecian de una manera asombrosa; pero así como el rostro del hijo expresaba el desvarío y la ausencia del pensamiento, el de la madre presentaba esa calma paciente que es el resultado de largos esfuerzos y de una pacífica resignacion.

Una cosa tan solo era extraña y sorprendente en su rostro. No se podia mirarla en medio de su mayor alegría sin reconocerla capaz de expresar el terror en un grado extraordinario. Y esta expresion no existia tan solo en la superficie ni tampoco particularmente en alguno de los rasgos de su fisonomía; no se podian examinar los ojos, la boca ni las líneas de sus megillas, y decir detallándolos que existia en alguno de ellos separadamente. Habia mas bien en su conjunto y como tras un velo cierta cosa que no se veia nunca sino de una manera oscura, pero que estaba allí siempre sin ausentarse un solo momento; era la sombra mas débil y fugitiva de alguna mirada, expresion súbita, engendrada sin duda por un momento rápido de intenso é inexplicable horror; pero por vaga y débil que fuese esta sombra, hacia adivinar lo que debió ser esta expresion y la fijaba en la mente como la imágen de un sueño terrible.

Mas débil, mas mezquino y careciendo de fuerza y energía por decirlo así á causa de las tinieblas de su inteligencia, se veia el mismo sello grabado en la fisonomía del hijo. Si se hubiera visto esta expresion en un retrato, se habria preguntado á la leyenda, y no se hubiese podido mirar el lienzo sin sentirse poseido de una curiosidad penosa. Las personas que sabian la historia del Maypole y se acordaban de lo que era la viuda antes del asesinato de su marido y de su amo, no necesitaban explicacion. Además del cambio que habia experimentado esta desgraciada, recordaban que cuando nació su hijo, el mismo dia en que recibió la noticia del doble asesinato, tenia en la muñeca una señal parecida á una mancha de sangre mal borrada.

— ¡Dios os guarde, vecina! dijo el cerrajero siguiéndola con la franqueza de un antiguo amigo á la cocina donde brillaba un buen fuego.

— Y á vos tambien, respondió la viuda con una sonrisa. Vuestro excelente corazon os ha traído aquí. Hace mucho tiempo que sé que nada puede deteneros en casa cuando hay amigos que consolar.

— ¡Las mujeres! ¡las mujeres! dijo el cerrajero resregándose y calentándose las manos; todas son iguales, por una bagatela levantan en el aire un castillo. ¿Cómo está el enfermo?

— Duerme ahora. Ha estado muy agitado todo el dia, y durante algunas horas ha dado vueltas en la cama quejándose mucho, pero se le ha calmado la calentura y el médico dice que se curará pronto. Sin embargo, ha prohibido que le trasladen á su casa por ahora.

— ¿Ha tenido hoy visitas? dijo Gabriel con finura.

— Sí, M. Chester ha venido tan pronto como le hemos avisado, y acababa de partir cuando llamábais.

— ¿No ha venido ninguna señora? preguntó Gabriel levantando las cejas y expresando su asombro.

— Se ha recibido una carta, respondió la viuda.

— ¡Ah! del mal el menos. ¿Quién la ha traído?

— Bernabé.

— Bernabé es una alhaja; va y viene á todas horas y cuando nosotros, que nos creemos mas razonables que él, no nos atreveríamos á salir. Supongo que no está fuera de casa.

— A Dios gracias está en la cama. Como ha estado en pié toda la noche, como sabeis muy bien, y ha andado todo el dia, estaba rendido de cansancio. ¡Ah! vecino, si pudiera verle con mas frecuencia tan tranquilo, ¡si pudiera dominar su terrible inquietud!

— Con el tiempo se sosegará, dijo el cerrajero con bondad. No os desesperéis; me parece que se hace mas juicioso de dia en dia.

La viuda movió la cabeza; y sin embargo, aunque sabia que el cerrajero trataba de tranquilizarla, y que no estaba convencido de lo que decia, experimentaba una grata alegría al oír el elogio de su hijo.

— Acabará por recobrar la razon, continuó el cerrajero. ¡Quién sabe si conforme nos vayamos haciendo viejos, Bernabé será mas juicioso que nosotros! Pero ¿en dónde está nuestro amigo? añadió mirando en torno suyo.

— En el cuartó de Bernabé, respondió la viuda sonriendo.

— ¡Ah! dijo Varden moviendo la cabeza, ese jóven es todo un caballero. Pero ¿qué oigo? ¿No es él quien llama á la puerta?

— No, respondió la viuda; creo que el ruido procede de la calle. Escuchad, si... Vuelve á oírse el mismo ruido. ¡Ah! ¿quién llama con tiento en la ventana? ¿Quién puede ser?

Hablaban en voz baja porque el enfermo dormia encima, y como las paredes y los techos eran muy delgados, el sonido de su voz, á no ser por esta precaucion, hubiera turbado su sueño. La persona que llamaba habia podido acercarse á la ventana sin oír nada, y viendo luz al través de las rendijas sin ruido alguno, habia podido creer que la viuda estaba sola.

— Algun ladron tal vez, dijo el cerrajero, dadme la luz.

— No, no, respondió ella precipitadamente; tales visitas no han venido nunca á esta pobre casa. Quedaos aquí. Ya os llamaré en caso de necesidad. Prefiero ir sola.

— ¿Por qué? dijo el cerrajero dejando con disgusto la vela que habia tomado de encima de la mesa.

— ¿Por qué? No sé por qué, pero cedo á un presentimiento, respondió. Vuelven á llamar; no me detengais, os lo suplico.

Gabriel la contempló muy asombrado al ver una persona, por lo comun tan sosegada y tranquila, presa de semejante agitacion y por tan poco motivo.

La viuda salió de la cocina y cerró la puerta.

Permaneció un momento parada como si vacilase y con la mano en la cerradura.

En este breve intervalo se oyó otro golpe; y una voz muy cerca de la ventana, una voz cuyo recuerdo pareció despertar ideas desagradables al cerrajero, dijo: ¡Abre pronto!

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja, pero distintamente, con esa voz que llega tan pronto á los oídos de los que duermen y que los despierta sobresaltados.

El cerrajero se estremeció, y retrocediendo de la ventana involuntariamente se paró á escuchar.

El viento que bramaba sordamente en la chimenea no le permitió oír nada, pero hubiera asegurado que habian abierto la puerta de la calle, que los pasos de un hombre hacian crujir el pavimento, y que despues reinó un momento de silencio, silencio interrumpido por alguna cosa ahogada, que no era grito penetrante, ni gemido, ni exclamacion pidiendo auxilio, y que sin embargo hubiera podido ser igualmente todo esto, y la palabra ¡Cielos! pronunciada con una voz que oyó estremeciéndose.

Salió entonces con rapidez de la cocina, y vió por fin aquella terrible expresion, que conocia tan bien por haberla adivinado sin haberla visto antes en el rostro de la viuda.

La halló de pié, como helada en el suelo, con los ojos vagos, las megillas lívidas, mirando con una fijeza lúgubre al hombre que habia encontrado en la sombría noche anterior.

Los ojos de este hombre se encontraron con los del cerrajero, pero no fué eso mas que un relámpago, un instante, un soplo en un espejo.

El hombre misterioso habia desaparecido.

El cerrajero corrió en pos de él, y casi tocaban sus manos al desconocido, cuando sujetó con fuerza sus brazos la viuda, que se lanzó á la calle para detenerle.

— ¡Por allá! ¡por allá! gritó la viuda. Ha huido por ese otro lado. ¡Volved! ¡Volved!

— ¿Por ese otro lado? No le veo, respondió el cerrajero. Mirad su sombra que pasa por aquella luz. ¿Qué hace ese hombre? ¿Quién es? Dejad que le persiga.

— ¡Volved! ¡Volved! gritó la viuda luchando con él y sujetándole los brazos. No le toqueis, en nombre de vuestra salvacion. Os lo suplico, volved. Lleva otras vidas además de la suya. ¡Volved!

— ¿Qué quereis decir?

— Es inútil que sepais lo que quiero decir. No preguntéis nada; no hableis mas de eso, no lo penseis mas. No es necesario seguirle ni prenderle. ¡Volved!

El cerrajero la miró absorto en el momento en que se retorcía para sujetarle, y vencido por su dolor impetuoso, se dejó arrastrar hácia la casa.

La viuda cerró la puerta, aseguró los cerrojos y las barras con el ardor furioso de una loca, empujó al cerrajero hácia la cocina, le dirigió nuevamente aquella mirada de estatua llena de horror, y dejándose caer en una silla, se tapó la cara con las manos y se estremeció como si viera el espectro de la muerte.

### VI.

Asombrado el herrero de los acontecimientos que habian pasado con tanta rapidez y violencia, contempló á aquella mujer que se estremeció en la silla como si estuviera atontada, y la hubiese contemplado mucho mas rato á no haber desatado su lengua la compasion y la humanidad.

— Estais enferma, dijo; permitid que llame á alguna vecina.

— No, por favor, no llameis á nadie, respondió la viuda, haciéndole un ademan con la mano trémula y sin volver el rostro. Basta que os hayais encontrado aquí para ver lo que ha sucedido.

— Sí, basta y hasta sobra, dijo Gabriel.

— No lo niego. Como gustéis. No me hagais preguntas. Os lo suplico.

— Vecina, dijo el cerrajero despues de una pausa, ¿es justo, es razonable lo que haceis? ¿Es digno de vos que me conoceis hace tanto tiempo y que para todo me habeis pedido consejo? ¿Es digno de vos á quien he tenido siempre por una mujer de alma vigorosa y corazon firme desde que érais una niña?

— Bastante he necesitado esa fortaleza, respondió. Envejezco á la vez de años y de disgustos. Tal vez mi desgracia ha sido demasiado grande y ha enervado mi corazon y debilitado mi alma. No me hableis.

— ¿Cómo puedo ver lo que he visto y callar? repuso el herrero. ¿Quién era ese hombre? ¿por qué ha causado su venida ese cambio?



La viuda permaneció silenciosa, pero se asió de la silla para sostenerse y no caer al suelo:

— Me autoriza á hablar una amistad antigua, María, dijo Gabriel, porque siempre os he profesado el mayor cariño y tal vez he tratado de probaroslo cuando me ha sido posible. ¿Quién es ese hombre de torvo aspecto, y que tiene que ver con vos? ¿Qué fantasma es ese que solo se ve en las noches mas oscuras y borrascosas? ¿Cómo es que conoce y viene á frecuentar esta casa, cuchicheando al través de la ventana y las rendijas como si entre vos y él hubiera alguna cosa de que ni uno ni otro se atreviera á hablar en voz alta? ¿Quién es?

— Teneis razon en decir que frecuenta esta casa, repuso la viuda con lánguido acento. Su sombra ha pesado sobre ella y sobre mí, en la luz y en las tinieblas, á medio dia y á media noche, y hoy ha vuelto por fin en carne y hueso.

— Pero no hubiera partido en carne y hueso, dijo el herrero con cierto enojo, si me hubiérais dejado libres los brazos y los piés. ¿Qué enigma es este?

— Es un enigma, respondió la viuda y al mismo tiempo se levantó, pero que será eternamente un enigma. No me atrevo á deciros mas.

— ¡No os atreveis! repitió el herrero confundido de sorpresa.

— No me apureis. Estoy enferma y débil, y todas mis facultades vitales parecen muertas dentro de mí. ¡No, no me toqueis tampoco!

Gabriel, que habia dado algunos pasos para ir á socorrerla, retrocedió al oír esta exclamacion precipitada y la miró en silencio con profundo asombro.

— Dejadme ir sola, dijo en voz baja, y que las manos de un hombre honrado no toquen esta noche las mias.

Se dirigió bamboleando hacia la puerta, y parándose, añadió haciendo un violento esfuerzo.

— No olvideis que esto es un secreto que es preciso, indispensable, que confie á vuestro honor. Sois reservado, y ya que habeis sido siempre bueno y afectuoso para mí, guardadlo. Si oís algun ruido arriba, excusad mi ausencia, imaginad algun pretexto, decid lo que queráis, menos lo que habeis visto en realidad, y que nunca una palabra, una mirada recuerde esta circunstancia. Confío en vos... no olvideis que confío en vos... Jamás podeis imaginar hasta dónde llega mi confianza en vos.

Y fijando en él sus ojos un momento, salió dejándole solo en la cocina.

Gabriel permaneció en pié, sin saber qué pensar, con la mirada clavada en la puerta y con el rostro lleno de terror y asombro. Cuanto mas meditaba sobre lo que acababa de suceder, menos podia darse una explicacion favorable. Encontrar á aquella viuda, cuya vida habia sido tantos años para todo el mundo pacífica y retirada, y que con su paciente resignacion en sus dolores se habia granjeado el aprecio y el respeto de cuantos la conocian, encontrarla enlazada misteriosamente con un hombre siniestro y alarmándose de su aparicion, era un descubrimiento que le entristecia tanto como le aterraba. La completa confianza que acababa de manifestar en su discrecion y el consentimiento tácito que él habia dado, acrecentaban su pesar y su confusion. Si hubiera hablado con osadía, si hubiera persistido en interrogarla, si la hubiera detenido cuando se levantó para salir, si hubiera hecho una protesta cualquiera, en vez de comprometerse con el silencio, como veia que se habia comprometido, se hubiera visto mas libre en sus acciones.

— ¿Por qué la he dejado decir que era un secreto y que me lo confiaba? dijo Gabriel torciéndose la peluca hacia una de sus orejas para rascarse con mas comodidad y mirando el fuego con tristeza. Soy tan falto de resolucion como el mismo viejo John. ¿Por qué no le he dicho con tono firme: No teneis derecho para guardar tales secretos y os intimo que me deis una explicacion? En vez de quedarme con un palmo de boca abierta como un viejo imbécil... como lo que soy. Pero este es mi flaco. Si es necesario sé resistirme obstinadamente á los hombres, pero las mujeres pueden cuando quieren hacerme rodar entre sus dedos como el hilo de sus ruecas.

Se quitó enteramente la peluca mientras hacia esta reflexion, calentó en el fuego el pañuelo, y principió á estregarse su cabeza calva hasta que quedó brillante como el marfil.

Y sin embargo, dijo el herrero á quien calmaba esta operacion y que se paró para sonreirse, tal vez no sea nada. Seria algun charlatan bebido que se empeñaba en entrar en la casa, y esto ha bastado para alarmar el alma tan tranquila como la suya. Pero en tal caso, y este pensamiento le atormentaba, ¿por qué es ese hombre? ¿cómo ejerce tanta influencia sobre ella? ¿por qué la infeliz huía de mí? y sobre todo, ¿cómo no me ha dicho que habia sido un susto pasajero y nada mas? Es triste cosa tener que desconfiar en un minuto de una persona á quien se conoce hace tanto tiempo, y especialmente siendo una buena y antigua amiga. Pero ¿quién no desconfiará viendo y oyendo lo que yo he visto y oído?... ¿Quién anda por ahí? ¿Es Bernabé?

— Sí, es Bernabé. ¿Cómo lo habeis adivinado?

— Por tu sombra, respondió el herrero.

— ¡Oh! exclamó Bernabé lanzando una mirada por encima de sus hombros, es una buena muchacha esa sombra que no se separa nunca de mí aunque soy un loco. ¡Qué compañero tan fiel y tan divertido! ¡Saltamos, nos paseamos, corremos tambien por la yerba juntos! Algunas veces es tan alta como el campanario de una iglesia y otras veces mas pequeña que un enano. Tan pronto vá delante como detrás, y de improviso se oculta con destreza; ya está aquí, ya está allí, parán-

dose cuando me paro y creyendo que no puedo verla, aunque la miro y no se me escapa. ¡Ah! es un amigo muy caprichoso y divertido. Decidme, ¿es loco tambien? Creo que lo es.

— ¿Por qué? preguntó Gabriel.

— Porque no se cansa nunca de burlarse de mí. No hace otra cosa durante todo el dia.... Pero, ¿no venís?

— ¿A dónde?

— A verle. Preguntó por vos. Esperad.... ¿en dónde está su sombra? Veamos si me lo explicais vos que no sois loco.

— A su lado, respondió el herrero, supongo que á su lado.

— No es cierto, repuso Bernabé moviendo la cabeza.

¿A que no lo adivináis?

— Se habrá ido á paseo tal vez.

— No, ha cambiado de sombra con una mujer, dijo el idiota al oído á Gabriel y retrocediendo con aire de triunfo. La sombra de ella está siempre con él, y la sombra de él está siempre con ella. ¿Qué os parece el cambio?

— Escucha, Bernabé, dijo el herrero con gravedad.

— Ya sé lo que queréis decirme, ya lo sé, repuso Bernabé alejándose, pero soy muy picaro, y callo. Solo os diré una cosa: ¿venís?

Y al hacer esta pregunta, cogió la luz y la agitó sobre su cabeza prorumpiendo en una carcajada.

— Despacio, dijo el herrero desplegando toda su influencia para detenerle, vas á dejarte caer la luz. Espera. Creia que estabas durmiendo.

— Mirad como dormia, respondió abriendo desmesuradamente los ojos. Habia allí grandes figuras que iban y venian cerca de mi cama, y despues, una milla mas allá, sitios bajos al través de los cuales era preciso arrastrarse bajas que no, altas iglesias desde cuyas torres se tenia que caer, y una multitud de extrañas criaturas agrupándose unas sobre otras de los piés á la cabeza para sentarse sobre la cama. ¿Es esto dormir?

— Son sueños, Bernabé, son sueños, dijo el herrero.

— ¡Sueños! repitió con dulzura acercándose. No son sueños.

— Pues ¿qué será si no son sueños? dijo Gabriel.

— Soñaba pues, dijo Bernabé cogiendo del brazo á Varden y mirando de cerca su cara mientras murmuraba su respuesta, soñaba precisamente hace poco que cierta cosa, una cosa que tenia forma de hombre, me seguia, andaba sin hacer ruido detrás de mí, no queria dejarme, pero dispuesto siempre á ocultarse y á acechar como un gato en los rincones oscuros y á esperarme al paso: entonces salia arrastrándose y venia sin ruido detrás de mí. ¿Me habeis visto correr alguna vez?

— Sí, muchas veces.

— Pues nunca me habeis visto correr como he corrido en este sueño. Aquella cosa empezó á arrastrarse para perseguirme, y cada vez estaba mas cerca, mas cerca, mas cerca. Corrí mas aprisa, salté, me arrojé de la cama, de allí á la ventana, y de la ventana á la calle. Pero nos está esperando. ¿Venís?

— ¿Cómo? ¿á la calle? dijo Varden creyendo descubrir alguna relacion entre aquel sueño y lo que acababa de suceder.

Bernabé le miró fijamente, balbuceó palabras incoherentes, volvió á agitar la luz sobre su cabeza, se rió, y estrechando el brazo del herrero con mas fuerza le condujo al piso superior en silencio.

Entraron en un aposento muy modesto donde se veian algunas sillas de encina y otros muebles de escaso valor, pero sumamente aseados.

Eduardo Chester, el jóven que habia salido la noche anterior del Maypole antes de llegar el herrero, estaba sentado delante de una chimenea, pálido y debilitado por una pérdida de sangre considerable. Tendió la mano á Gabriel Varden y le saludó como á su salvador y amigo.

— No me deis las gracias, caballero, no me deis las gracias, dijo Gabriel. Espero que hubiera hecho otro tanto por cualquiera otro en una posicion tan crítica, y con mucho mas motivo por vos. Existe en el mundo cierta señorita, añadió con alguna vacilacion, que mas de una vez nos ha colmado de bondades, y como es natural, estamos agradecidos. Creo, caballero, que no os ofenderá lo que os digo.

El jóven se sonrió y movió la cabeza, y al mismo tiempo hizo un movimiento en la silla como si hubiera sentido algun dolor.

— No es casi nada, dijo en contestacion á la mirada de interés del herrero, no es mas que el malestar causado mas por el fastidio de verme aquí aparedado que por mi ligera herida ó la sangre que he perdido. Dignaos tomar asiento, señor Varden.

— Si no es atrevimiento, señor Eduardo, apoyarme en el respaldo de vuestra silla, respondió el herrero haciendo lo que decia é inclinándose sobre él, permaneceré en pié, y será mas cómodo para hablar en voz baja. Bernabé no está muy tranquilo esta noche, y en tales casos no le conviene la conversacion.

Los dos dirigieron una mirada al objeto de esta observacion, el cual se habia sentado en un rincon del aposento y con su sonrisa insignificante se ocupaba en enredar entre sus dedos un ovillo de hilo.

— Os suplico, señores, que me conteis exactamente, dijo Varden bajando mas la voz, lo que os sucedió ayer noche. Tengo motivos para preguntároslo. Cuando salisteis del Maypole, ¿estábais solo?

— Y seguí solo mi camino hasta que llegué al sitio donde me encontrásteis. Allí oí el galope de un caballo.

— ¿Detrás de vos?

— Sí, en efecto, detrás de mí. Era un jinete solo que no tardó en alcanzarme, y parando el caballo, me preguntó si aquel era el camino de Lóndres.

— ¿Estábais prevenido sabiendo que una multitud de ladrones recorre el camino en todas direcciones?

Estaba prevenido, pero solo tenia un látigo, porque habia cometido la imprudencia de dejar las pistolas al hijo del posadero. Respondí á la pregunta de aquel hombre, pero antes que mis palabras hubiesen salido de mis labios, se precipitó sobre mí de un salto furioso como si hubiese querido arrojarme á los piés de su caballo. A tan violento empuje, perdí el conocimiento y caí. Vos me recogisteis allí con una puñalada y dos ó tres contusiones, y lo que es de menos, sin mi bolsillo, que por cierto no estaba muy provisto. Y ahora, señor Varden, añadió dando al herrero un apretón de manos, á excepcion de la inmensa gratitud que os debo, sabeis tanto como yo.

— A no ser, dijo Gabriel acercándose aun mas y mirando con precaucion á su silencioso vecino, á no ser en lo que concierne al mismo ladron. ¿A quién se parecia? Haced el favor de hablar en voz baja. Bernabé no es malicioso, pero le he observado con mas frecuencia que vos, y sé, aunque no lo sospecheis, que nos está escuchando.

Era preciso tener una extrema confianza en la veracidad del cerrajero para creer lo que aseguraba, porque todos los sentidos y todas las facultades intelectuales de Bernabé parecian ocuparse tan solo en su ovillo de hilo con exclusion de todo otro objeto. El jóven manifestó alguna duda porque Gabriel repitió lo que acababa de decir y con mas insistencia que la primera vez, y lanzando una nueva mirada á Bernabé, volvió á preguntar al herido á quién se parecia el asesino.

— La noche era tan oscura, dijo Eduardo, el ataque fué tan repentino y estaba tan envuelto y embozado, que no pude hacerme cargo de su figura. Me parece sin embargo...

— No le nombreis, señor Eduardo, dijo el herrero interrumpiéndole y siguiendo con su mirada á Bernabé. Sé que le ha visto. Necesito saber lo que habeis visto vos.

— Lo único que recuerdo, dijo Eduardo, es que cuando paró el caballo el viento se le llevó el sombrero, pero lo volvió á coger y se lo puso con precipitacion en la cabeza. Advertí entonces que la llevaba cubierta con pañuelo negro. Mientras estaba en el Maypole entró un hombre, á quien no ví porque me habia sentado en un rincon oscuro por razones personales, y cuando me levanté para salir de la cocina, aquel hombre estaba vuelto de espaldas y no pude verle. Sin embargo, si aquel desconocido y el ladron eran dos personas distintas, sus voces tenian una semejanza extraordinaria, porque en el momento de dirigirme la palabra reconocí su acento y su lenguaje.

— Me lo temia. Es el mismo que ha venido aquí esta noche, pensó el herrero cambiando de color. ¿Qué tenebroso embrollo será este?

(Se continuará.)

## Los alcaldes de Paris.

La guerra, la revolucion del 4 de setiembre y el sitio de la capital, han hecho de la administracion de las municipalidades de Paris, uno de los cargos mas considerables de la terrible historia que relatamos, y por esto creemos complacer á nuestros lectores ofreciéndoles los retratos de los hombres que han aceptado tan difícil mision.

Despues de la revolucion del 4 de setiembre, el gobierno de la defensa nacional obligado á remediar mil necesidades, las unas mas urgentes que las otras, nombró en los primeros dias de su constitucion á los ciudadanos que juzgó mas á propósito para desempeñar la administracion de los veinte distritos de Paris. Como debia esperarse, eran notabilidades del partido republicano. Pero cuando en medio de las agitaciones del sitio, el gobierno creyó de su deber legitimar con el plebiscito del 3 de noviembre, los poderes que le habia confiado la aclamacion popular, los alcaldes de Paris fueron igualmente sometidos á la eleccion, y el voto del 5 de noviembre entregó la administracion de los veinte distritos á los magistrados y adjuntos que están hoy dia en funcion.

Justo es reconocer que la mision era penosa y el período de la historia del sitio, relativo á las alcaldías parisienses, demuestra los prodigios de actividad que precisaban para vencer las dificultades que se multiplicaban con las necesidades de cada dia y con las alternativas de la crisis que soportaba la poblacion.

No seria difícil á la crítica demostrar que todas las cuestiones urgentes que se presentaban, no se han resuelto siempre dignamente, y que las quejas de la poblacion han sido con mucha frecuencia justificadas. Sin embargo, conviene notar que no debe hacerse absolutamente responsable de las faltas cometidas á la administracion particular de cada una de las alcaldías. La administracion de Paris estaba dividida en dos partes: la alcaldía central, que tomaba las medidas generales y comunicaba la impulsión á las otras municipalidades, y la administracion por distritos que no hacia mas que ejecutar y aplicar las medidas necesarias. Por lo tanto



es preciso dividir en dos partes el juicio que sobre este punto vamos á dar.

La alcaldía central ha sido ocupada por dos hombres que no han satisfecho, ni con mucho, los deseos de la población: M. Arago y M. Jules Ferry. Indudablemente, la administración de la capital de Francia no había presentado nunca tantos y tan grandes problemas que resolver. La hacienda, la defensa y la alimentación exigían diariamente el milagro de la multiplicación de los panes. Los decretos del Hotel de Villa se esforzaban en satisfacer las necesidades todas; pero los decretos debían haber sido inspirados por un juicio firme, resuelto, definitivamente fijado; y esto es lo que ha faltado á la política de la alcaldía de París. La cuestión de las requisiciones y del racionamiento ha puesto de manifiesto la irresolución de la administración central, que

deteniéndose á lo mejor paralizaba los esfuerzos de las municipalidades secundarias. El Hotel de Villa estaba repleto de buenas intenciones, pero en tiempo de crisis cuando se necesita obrar, las buenas intenciones no bastan.

En cuanto á las administraciones municipales, se han hecho merecedoras de otro reproche. Sabemos que en una ciudad como París, que representa un pueblo, la política se relaciona con todo, y en las crisis que se han sucedido, no podía dejar de ocupar el primer puesto. Esta es precisamente la desgraciada tendencia que no ha cesado de notarse en las municipalidades de París y que ha puesto trabas á las resoluciones que reclamaban la guerra y el sitio.

Las cuestiones mas complicadas se multiplicaban diariamente, y la política por una intervención enfadosa,



M. Ténaille-Saligny, alcalde del 1er distrito



M. Tirard, alcalde del 2º distrito.



M. Bonaudet, alcalde del 3er distrito.



M. Vautrain, alcalde del 4º distrito.



M. Vacherot, alcalde del 5º distrito.



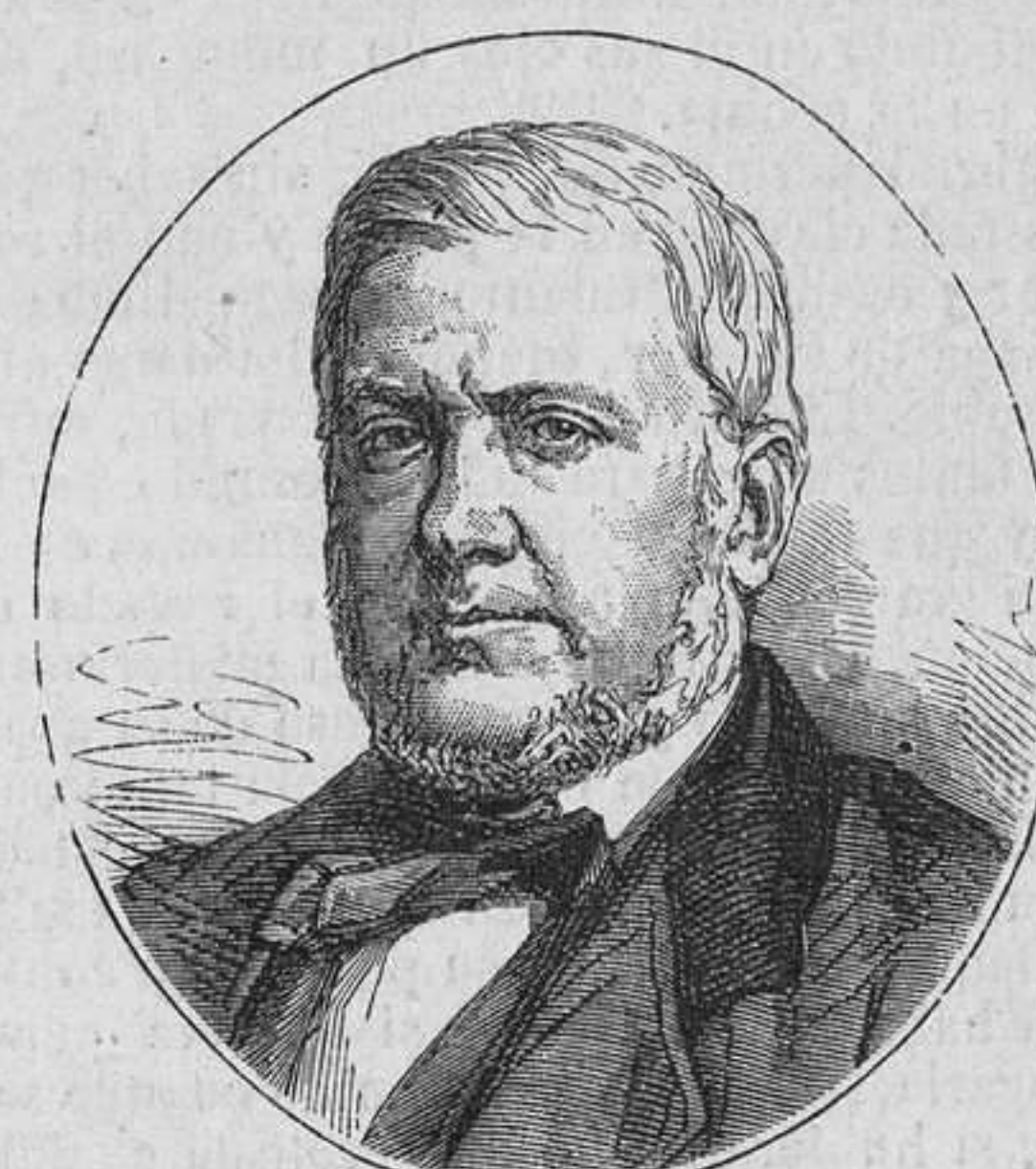
M. Hérisson, alcalde del 6º distrito.



M. Arnaud (de l'Ariège), alcalde del 7º distrito.



M. Carnot, alcalde del 8º distrito.



M. Desmarest, alcalde del 9º distrito.



M. René Dubail, alcalde del 10º distrito.



M. Pernolet, alcalde del 13º distrito.



M. Enrique Martin, alcalde del 16º distrito.



M. F. Favre, alcalde del 17º distrito.

alteraba el trabajo creciente de la administración municipal. Ya se manifestaba la tendencia radical para inducir al gobierno á tomar medidas revolucionarias, ya era el espíritu anti-religioso que intentaba abrirse paso en los humildes establecimientos de la enseñanza primaria, como si la persecución hubiera dado por resultado alguna vez, mas que avivar la idea que se quería desterrar.

La política ha sido el escollo de las nuevas administraciones municipales. Pero hecha esta reserva, sería injusto no hacer justicia á los prodigiosos esfuerzos desplegados por los nuevos magistrados, y no reconocer los resultados obtenidos. Es preciso tener presente que las municipalidades debían hacer frente á todo; guardia nacional, alimentación, racionamiento, organización de

las cantinas y cocinas económicas, instalación de los refugiados. Recordemos que las municipalidades han tenido que socorrer durante cuatro meses, á una población indigente de quinientos mil menesterosos que era necesario alimentar, y que han logrado conjurar el horrible azote del hambre.

En resumen, la administración municipal ha luchado valerosamente contra todos los peligros de la situación, y respecto de su organización futura se basará sin duda en la elección, pues la elección es el principio fundamental de las instituciones democráticas.

R. DE M.



M. Delescluze, alcalde del 19º distrito.